

ANIMALES DE FAMILIA

AMORES PERROS



á
ÁGATA
LIBROS

MEMORIAS

Amores perros es una colección de recuerdos y afectos del círculo de lectura **Mujeres que saben latín**, de **Ágata Libros**. Inspiradas por las lecturas de Silvina Ocampo, León Tolstói, Karla Marrufo, Arturo Pérez-Reverte y José María Arguedas, las participantes recibieron una sencilla encomienda: escribir sobre aquellos animales que han acompañado sus vidas.

El resultado es una reunión de voces que, entre la memoria y la imaginación, exploran el vínculo profundo con esos compañeros que han sido **familia, refugio y compañía**.

Estas páginas reúnen historias de amor, pérdidas, lealtades y pequeños gestos cotidianos que permanecen mucho después de que el tiempo haya pasado. Un homenaje a esos seres que **caminaron a nuestro lado** y dejaron huellas, pelos y babas imposibles de borrar.

Ejemplar sin fines comerciales. Prohibida su venta.

á
ÁGATA
LIBROS

AMORES PERROS

ANIMALES DE FAMILIA

—

á
ÁGATA
LIBROS

AMORES PERROS

Animales de familia

Compilación de textos del círculo de lectura Mujeres que saben latín
Primera edición, junio de 2026

© 2026, de los textos, sus autoras.

© 2026, de la compilación y edición: Ágata Libros

Coordinación editorial: Erika Rod

Diseño editorial: Ágata Libros

Fotografía de portada: New York City, 1974 (Dog Legs), © Elliott Erwitt.
(Reproducida únicamente con fines culturales y de circulación privada).

Edición de circulación privada.

Ejemplar realizado con fines culturales y sin ánimo de lucro.

Prohibida su venta.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, con fines comerciales, sin la autorización expresa de sus autoras y de Ágata Libros.



Este libro nació como parte del círculo de lectura

Mujeres que saben latín, de Ágata Libros.

Inspiradas por las lecturas de Silvina Ocampo, León Tolstói, Karla Marrufo, Arturo Pérez-Reverte y José María Arguedas, sus participantes escribieron sobre aquellos animales que han acompañado sus vidas.

AMORES PERROS

Ciclo de verano:

Del 26 de mayo al 23 de junio de 2026

Coordinadora:

Xóchitl Partida Salcido

HUELLAS

Me llamo Galleta

Gabriela Serralde 10

El perro que no quise tener

Gaby Frey 18

Lady Oda

Marcia Llamas 22

Mi humana y yo

Mónica GC 28

Lucca lo logró

Isabel Aguirre 34

Tapete persa

Juana Bernal 42

Sagheera

Coral Buitrón 50

A través de tu mirada

Muriel Fonseca 58

La puerca de mi hermana	
<i>Noemí Silva</i>	61
¿Qué pasará por la cabeza de Cookie?	
<i>Diana San Vicente</i>	68
Harley	
<i>Olga Contreras</i>	72
Lo que me enseñaron	
<i>Alejandra Solano García Rojas</i>	76
Terciopelo negro	
<i>Mariana Huerta Jiménez</i>	81
Ángeles de la guarda	
<i>Carmen Partida</i>	90
Jana Cecilia	
<i>Joselin Rodríguez</i>	93
Espiral	
<i>Gladys GC</i>	99

Yaro

Xóchitl Partida 104

El ángel que me enseñó a amar

María Fernanda Castañeda 106

Eclipse de Luna

Alejandra Partida 114

Cuando mi corazón dejó de latir dos veces

Lucero González 122

Querido diario

Clarisa Maldonado 131

Ítaca

Érika Rod 140

*A todos los animales que alguna vez nos eligieron.
Y a los que siguen habitando nuestra memoria.*

A Yaro



Me llamo Galleta

Gabriela Serralde

Me llamo Galleta. Así me pusieron las personas que me encontraron en Ecatepec junto con mis hermanos y hermanas. Y ese nombre decidió dejarme mi humana, porque dice que parezco una galleta de vainilla con chispas de chocolate.

Cuando me encontraron yo tenía dos meses, creo, pero Gabo —así escucho que le dicen—, me adoptó cuando tenía seis meses. Pasé mucho tiempo esperando mi adopción. Todos mis hermanos y hermanas habían sido adoptados, pero a mí nadie me quería. Hasta que un día me subieron a un coche y me llevaron a un departamento, que después supe que iba a ser mi casa.

Ahora ya tengo cinco años y medio.

Gabo me cayó muy bien y fui muy cariñosa con ella desde el primer momento, aunque normalmente soy muy nerviosa y no me dejo acariciar por las personas, dejé que ella me acariciara y me subí al sillón en donde estaba sentada. Ella ya me había comprado una cama muy bonita y muchos juguetes para recibirme. Las personas que me llevaron se fueron y me quedé sola con Gabo.

Al principio yo siempre tenía miedo. Me metía en un rinconcito en el baño de visitas, porque ahí es en donde me sentía segura. Gabo lo entendió y un día me trajo una casita en la que me puso una camita y desde entonces ese es mi lugar seguro y favorito, aunque tengo otras dos camas. Siempre me gusta estar cerca de Gabo. Mi casita está en el estudio en el que ella trabaja todo el día, pero aparte hay otra camita afuera para que me pueda echar mientras ella trabaja. También me tiene una camota en su recámara, ahí dormimos juntas, yo en mi cama y ella en la suya, porque no le gusta que me suba a su

cama, aunque en las mañanas cuando se despierta me deja subir un ratito.

Desde el primer día Gabo me ha llevado diario al parque a pasear en las mañanas. El primer día me llevo a un lugar que tenía una reja, en donde había muchísimos perros de todos los tamaños. Yo me asusté tanto que brinqué encima de Gabo y me hice pipí. Ella no se enojó, me acarició y me calmó y me sacó de allí. Pero no dejó de llevarme al parque todos los días. Hasta que poco a poco se me fue quitando el miedo y fui haciendo muchos amigos y amigas. Y Gabo también.

Al principio todos llevaban una cosa muy rara que les tapaba la boca y nadie se tocaba. Pero ahora ya no llevan esa cosa y siempre platican mientras los perros jugamos.

Los perros son muy distintos unos de otros. Algunos me caen mejor que otros; unos todavía me dan un poco de miedo si juegan brusco, y otros me gustan mucho, y cuando los huelo salgo corriendo a buscarlos. Al principio Gabo se asustaba cuando

desaparecía, pero ahora ya sabe lo que pasa cuando salgo corriendo. Mi mejor amiga es Perri. Es negra, chiquita y muy flaca. Siempre me gusta mucho jugar con ella porque nunca me lastima. El papá de Perri se llama Ricardo y también se lleva muy bien con Gabo.

En el parque además de jugar con otros perros me gusta mucho jugar con Gabo. Mi juego favorito es que me aviente un palo y yo lo recojo y se lo llevo para que me lo vuelva a lanzar. Mientras más grande es el palo, más me gusta. Cuando ella lo agarra yo me pongo a brincar de la emoción esperando a que lo aviente, no lo puedo evitar.

Un día, cuando yo tenía como dos años, fuimos al parque y se empezaron a escuchar unos ruidos muy fuertes, como explosiones y me asusté muchísimo, sentí que me iba a morir. Gabo me llevó pronto a la casa, pero desde ese día todos los ruidos fuertes me asustan mucho.

Cuando vamos caminando por la calle y escucho un ruido volteo a ver a Gabo a los ojos.

Ella sabe y siempre me dice: “todo está bien, Galle”. Entonces me da seguridad y sigo caminando.

Pero si los ruidos son muy fuertes no me puedo calmar. Entonces Gabo me lleva rápido a la casa, me da un aceite que sabe horrible pero me ayuda a calmarme, me tapa las orejas con una cosa que me compró, me cierra la puerta de su cuarto para que se escuchen menos los ruidos, me tapa con una cobija y me pone una música muy bonita. Eso me ayuda mucho.

Gabo ha ido cambiando conmigo a lo largo del tiempo. Al principio a veces se desesperaba o se enojaba si yo rompía algo o si no quería comer, pero cada día es más paciente y amorosa conmigo; ha trabajado mucho.

Algunos domingos me lleva a un lugar increíble donde hay un río y un campo enorme para correr; hay muchos perros, y caballos y personas que corren o caminan, o andan en bicicleta. Es mi lugar favorito.

Terminando el paseo Gabo me compra un taco de carne y ella se come una quesadilla. A ella también

le encanta ese lugar. Siempre que vamos ahí está relajada y feliz y nos toma muchas *selfies*.

En estos años también he convivido mucho con las perras de Úrsula, la novia de Gabo: Columba y Jamaica. Dos perras chiquitas, gorditas y muy simpáticas. Pasamos mucho tiempo juntas. Cuando Úrsula sale de viaje se quedan conmigo y con Gabo en nuestra casa, o a veces pasamos juntas los fines de semana en una casa o en otra. Las quiero mucho. Pero hace poquito Jamaica se enfermó. Primero empezó a tomar mucha agua todo el tiempo y la empezaron a inyectar todos los días; luego dejó de ver y ya no podíamos jugar muy bien a la pelota, aunque lo seguía intentando, porque a ella le encantaba jugar a la pelota. Nunca la perdía de vista, hasta que ya no la pudo ver más. Un día empezó a tener mucho dolor en los ojos y no se le quitaba, se escondía debajo de los muebles. Así que un día nos juntamos todas en casa de Úrsula y llegaron unas doctoras y todas nos sentamos alrededor de Jamaica. Úrsula y Gabo lloraban mucho. La doctora le inyectó

algo a Jamaica. Ella estaba muy tranquila, acostada, y todas acompañándola, primero se quedó dormida y después se murió. Leyeron un poema, le dimos las gracias por todo su amor y compañía y se la llevaron. Unos días después trajeron una urna en forma de pelota con su nombre escrito. Gabo puso junto a la urna la pelota favorita de Jamaica. Y lloró mucho, muchos días. Todavía a veces la escucho llorar. Yo también extraño a Jamaica. Pero llegó una nueva perrita que adoptó Úrsula. Se llama Lalita. Es una perra chiquita, flaca, muy blanca, con unas orejotas. Al principio yo le tenía miedo y le gruñía si se me acercaba, pero después me empezó a caer bien y ahora ya jugamos cuando nos vemos. Amo a mi familia extendida y me gusta convivir mucho con ellas, pero también me gusta mi vida con Gabo.

Cuando volvemos a casa ella siempre me dice:

Somos tú y yo, Galle, tú y yo somos familia.

Amo a mi familia.



El perro que no quise tener

Gaby Frey

Desde siempre viví rodeada de perros, chicos, grandes, de mil colores, de raza. Creo que ese fue un gran privilegio, haber convivido con tantos y tan distintos. Tuve una guía muy sabia que me enseñó a amarlos y a respetarlos: “la Cuqui es viejita y no le gustan los niños; el Pati sí quiere jugar contigo, pero ni se te ocurra molestar al Pícolo porque ya es un viejito cascarrabias y si te muerde es culpa tuya”.

Así transcurrió mi infancia, acompañada de increíbles amigos caninos que me mostraron tolerancia y responsabilidad, todo envuelto en montones de cariñoso afecto y lametones.

Cada uno de ellos me es entrañable y ha ocupado un espacio enorme en mi vida y mi corazón. Pero me gustaría compartir la historia del perro que no fue lo fácil que fueron los anteriores. El que me hizo plantearme lo que significa compromiso y devolver el acompañamiento que tantos perros anteriores me habían dado.

Un cachorro abandonado a la orilla de una vía rápida lista para deshacerse de él igual de rápido. Sí, una pequeña criatura aterrada y sin saber qué esperar de un mundo que ya había sido cruel con él. Tenía una inteligencia y sensibilidad que lo hicieron fuerte y a la vez frágil. Resultó lo que se llama “un perro reactivo”, pero con una disposición honesta para complacerme y superar todos sus miedos.

No fue un perro fácil.

Había que considerar y plantearse reuniones con amigos que fueran perrunos imposible no considerarlo y que lo comprendieran. Los paseos eran calculados en función de a quiénes nos iríamos a encontrar, personas y perros, así como los horarios

de salida. Su apariencia era de un perro feroz, le ladraba y gruñía a la mayoría pero cuando te quería era con todo su corazón. Me hizo replantearme todo lo que sabía, todo lo que aprendí de cómo querer a un perro y el mayor aprendizaje que me dejó fue convertirme en una mejor tutora. Toto esperó a derrumbarse y enfermar hasta que yo pudiera comprenderlo.

Fue en circunstancias muy complicadas, muy difíciles, pero me mostró que la lealtad va más allá de la realidad concreta y que el amor persiste para siempre. *Espérame Toto, con todos tus hermanos, que yo cuento con verte de nuevo.*



Lady Oda

Marcia Llamas

Hola, soy Lady Oda una hermosa belga malinois de casi cuatro años. Mis papis humanos me encontraron en un anuncio en redes, solo pedían por mí una bolsa grande de croquetas. Me cuentan ellos que manejaron bastante para llegar a la casa donde estaba, tristemente me conocieron muy flaquita y desnutrida mi madre perruna no nos daba de comer, dice la ama que sufría de depresión post parto. Yo no me veía a mí misma y no me percaté que hasta mis huesitos se notaban. Cuando mi mami Marcia me tomó en sus manos y recuerdo su mirada triste al verme así. La ama comentó molesta: si no se la llevan igual se muere, yo ya no puedo cuidarla, quedan ella

y su hermano. “Claro que nos la llevamos” le dijo mi papi José Luis a mi mami Marcia.

Nos fuimos directo a un doctor de perros, él me revisó y dio instrucciones de cómo cuidarme para que creciera sana y fuerte. Ah, mi papi, me acurrucaba en su pecho y qué a gusto dormía... suspiro. Ah, y la comida era muy rica me licuaban pollito con arroz y me lo daban como bebé humano con cuidado y mucho amor, yo olvidaba que era perrita me sentía realmente su bebé. Así fui creciendo bella, esbelta y muy ágil, pero los escuchaba platicar con sus amigos humanos que mi tamaño era más pequeño que el normal por qué no comí bien de recién nacida. Gracias a ellos, ahora como muy bien: croquetas, pollo y arroz. También me gusta la fruta, las zarzamoras son mis predilectas, esas me las da mi mami de postre y de snack entre comidas, ah y también yogurt griego que es mi favorito. Me tienen muy consentida.

Les platico nuestra rutina: a mi mami les gusta regar las plantas tempranito y mientras riega, jugamos con la pelota. Luego salimos a caminar. Nos gusta mucho respirar el aire fresco, escuchar a los pajarricos y caminar y caminar hasta llegar a su cafetería preferida, se llama Chalet, ya nos conocen muy bien, somos sus clientas VIP. A mí me dan premios, a mi mami su café con pistacho, que le fascina, y nos sentamos buen rato en la terraza. Cómo me gusta ver los coches y a la gente pasar, solo les ladro a las perritas que me caen mal y se creen más bonitas que yo, pero no es cierto, mis papis dicen que soy la más hermosa de toda la ciudad, tú lo crees también ¿verdad? Los humanos que van al café me caen muy bien, con ellos estoy calladita, pero eso sí, si noto algún peligro paro mis orejas y estoy atenta cuidado, y si alguien feo se le acerca a mi mami ile pego un buen susto! Tengo una linda cara, pero asusto mucho si ladro o muestro mis dientes y colmillos ja, ja, ja, ellos no saben que no muerdo ni se me antoja

la carnita humana, ay, pero cuánto me divierte ver sus caras. Después de estar buen rato ahí y mientras mi mami lee o escribe, llega mi papi y nos lleva a casa. Mi papi trabaja en casa, mi mami es más vaga, cuando salen los dos me pongo triste unos minutos y luego se me pasa. Me dan dos premios cuando se van y cuando regresan y lo mejor es que mi papi me lleva un rato al parque a jugar hasta que saco la lengua, esa es la señal que es hora de irnos y tomar agua. Yo la verdad no me canso de correr, pero dicen que tampoco es bueno que me agite demasiado. Ahhh, qué afortunada soy de tenerlos de papás.

Ya casi es hora de cenar, entre cinco y seis, porque si ceno más noche tengo pesadillas. A veces sueño que llega un hermanito perruno a casa, les diré a mis papás que quiero un hermanito, no importa que no se parezca a mí. Y si eso pasa, les prometeré que le daré buen ejemplo, comeré a mis horas, haré pipí solo en el patio, no destruiré las cosas de la casa ni correré adentro, también les prometería obedecer los comandos y más en los paseos, además de darles

muchos besitos con mi lengüita, y miraditas de perrito arrepentido, quererlos mucho y cuidarlos.

Los amo siempre.

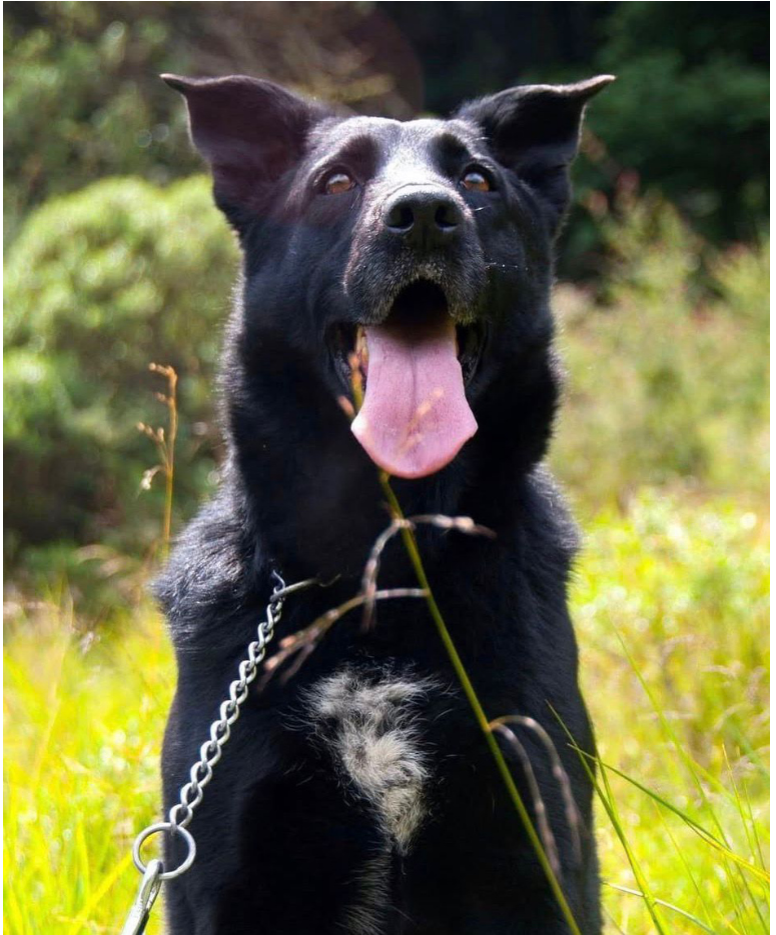
Su hija perruna,

Oda

PD. Tengo una hermana humana, se llama Ivanna.

Y acaba de nacer su bebé Hanna.

La amo mucho también.



Mi humana y yo

Mónika GC

Cuentan que nací en México en 2006, en enero tal vez, éramos varios hermanitos, mi mamá vivía cerca de la carretera Picacho Ajusco, solo estuve con ellos unos meses, después llegaron por mí unos humanos que me llevaron a una ciudad más ruidosa, a un departamento por Villa Coapa, y lloraba porque extrañaba el calorcito de mi mamá. En la noche llegó la que después supe que sería mi humana, me cargó, me llevó a su cama y me cuidó por el resto de mi vida, ella fue mi hogar, mi manada.

Fuimos ella y yo durante catorce maravillosos años, tenemos mil historias graciosas, arriesgadas, tristes, pero sobre todo mágicas, creo que nos mimetizamos: yo copiaba su actitud de fortaleza, su personalidad alocada, siempre en contra de lo establecido, así que no fui una “mascota” normal, fuimos desastrosas, siempre caminábamos aprisa, pero con una seguridad que se olfateaba a kilómetros.

Ella me cuidaba y alimentaba y yo resguardaba siempre nuestra guarida. Creo que iba temprano a cazar porque regresaba siempre con comida para las dos, se las ingeniaba para conseguir las hojas verdes que intercambiaba con otro humano que nos rentaba nuestra guarida, no siempre estuvimos ahí, pude contar hasta diez cambios de guarida, ella siempre buscaba las más seguras, las más reconfortantes, nunca pertenecimos a ningún sitio, pero juntas nos sentíamos en manada, siempre estuve cuidándonos con mis ladridos y mi postura imponente.

Teníamos personalidades muy similares: yo copiaba sus modos y la hacía sentir segura, y ella hacía lo mismo conmigo. Al parecer el mundo de los humanos es difícil y aterrador pero siempre le daba alivio sabernos acompañadas. Fuimos las mejores, fuimos familia.

Me llamé Poncha pero ella me nombraba de varias maneras dependiendo de nuestro estado de energía: Ganjah, Chancla, Tori, Pancheta, Negrita, a todos esos respondía pero yo tenía mi manera de identificar a mi humana, su olor, su tono de voz, su silueta, su ritmo y el sonido de sus objetos al andar.

No voy a negar que protesté de maneras peculiares cuando tardaba mucho en regresar a la guarida o regresaba con olores de fiesta o de otros perros, sentía muchos celos, solo quería estar con ella en todos lados, no entendía por qué no me invitaba a sus juntas de maestros o a sus noches con luces y música.

Confiábamos la una en la otra, nos hablábamos con la mirada, no tuve que aprender su idioma ni ella el mío simplemente aprendimos a escucharnos, a sentirnos. Con mis ojitos casi naranjas, que contrastaban con mi pelaje negro azabache, lograba contarle lo que sentía y ella a mí. Bailábamos y cantábamos juntas. A veces la sentía melancólica así que calmaba mi ímpetu y simplemente me sentaba junto a ella o intentaba hacer lo de abrazar, pero solo podía con mis patitas aferrarme a su bracito, le lanzaba una mirada de calma y lograba que recuperara su energía.

Éramos indestructibles.

Éramos siempre ella y yo contra el mundo.





Lucca lo logró

Isabel Aguirre

Mi relación con los perros empezó —gracias y a petición e insistencia de los hijos— allá por 1993. Han desfilado en mi casa siete de ellos y, sin ánimo de ser mala persona, creo que hasta ahí llego.

Esto último lo afirmo por la sencilla razón de que cuando se les quiere, respeta y procura, generan algunas situaciones problemáticas respecto a su cuidado y compañía; además ya decidí no tener más.

Bien hecha esta aclaración empezaré por hablar brevemente de cada uno de ellos, el primero Scooby, un perro criollo que llegó el día cercano a un 10 de mayo y sobrevivió al parvovirus de manera insólita,

era un guardián de tiempo completo de nuestra casa, muy querido por mis hijos y duró más o menos cinco años hasta que en sus andanzas por el barrio, comió algo que no debía y murió envenenado. Poco antes de que esto le pasara llegó un pequeñito maltés leonado, cruza con Chihuahua, juguetón y consentido, que gustaba de dormir solamente encima de la ropa, nunca en el piso. Lo llamamos Kiko. Por ser tan pequeño se escapaba de la casa y, en una de esas andanzas, lo atropelló un carro después de sobrevivir a la agresión de un pitbull vecino.

Más adelante, y a instancias de unos amigos, rescatamos de una azotea a un enorme perro ya adulto cruza de Gran Danés, que vivió un par de años con nosotros y en paz. No permitía ser bañado y, a pesar de ello, nunca olió mal; su estancia no fue larga pero llegó en los tiempos de la campaña de Fox y mi hija sugirió llamarlo así, Fox, quien una buena mañana amaneció dormido de manera natural.

Pasó por nuestra vida otro criollo a quien mi hija llamó Tequila, y creo que estuvo poco más de tres meses, murió atropellado y no tengo mucho que decir de él solo que duerme enterrado en mi gran patio junto con otros tres.

Más adelante nuevamente mi hija insistió en que nos quedáramos con un Dálmata recién nacido, al que ella misma bautizó como Rocco. Estuvo con nosotros muy poco tiempo ya que desarrolló epilepsia y, aún con la ayuda de la medicación, su vida fue muy breve y un poco limitada por la enfermedad. Rocco era un perro grande, muy consentido y hermoso a pesar de su enfermedad, con el hice muy buenas migas y llegó a ser mi compañero faldero con su enorme tamaño. Una mañana la epilepsia acabó con él y murió después de varios ataques, también en mayo de 2010.

Ese mismo año, en el mes de septiembre, hubo un huracán en Veracruz y mis hijos se dedicaron, junto

con un grupo de amigos, a rescatar perros después del mismo. Así llegó a nuestra vida Lucca, un labrador blanco aperlado, de poco más de ocho meses de edad, y con él fue con quien realmente aprendí a convivir, querer, y cuidar a un perro. Estuvo durante catorce años a nuestro lado, ya en los últimos tiempos solo conmigo, los hijos emigraron y me quedé con él hasta que lo tuvimos que dormir.

Lucca me dejó el corazón partío, como dijera Sanz, porque era un ejemplar hermoso, inteligente, obediente, sano y muy querido.

Sus travesuras fueron escasas y solo cuando recién llegó, rompió zapatos, cables, lentes, descolgaba a veces la ropa en los tendederos y dejó huellas de su mordida en las patas de algunas sillas y sillones. Era muy vigoroso y sabía salir y regresar a casa, y siempre que se iba lo hacía siguiendo a perritas que pasaban por la casa. En una ocasión se lanzó desde la terraza en un primer piso, y en otra, desprendiendo la lámina del portón, todo para lograr su objetivo.

Cuando era aún joven Lucca, nuevamente mi hija me sugirió que tuviera un compañero. Así llegó Vitto quien hasta hoy me acompaña, él es un perro mediano Caramelo quien sufrió junto conmigo la ausencia de Lucca. Era demasiada su tristeza: dejó de comer, de ladrar, de interactuar conmigo, se aisló y tuve que hablar con él mirándolo a los ojos y decirle “tu amigo ya no está, pero yo sí y te quiero mucho, ahora somos compañeros y debemos cuidarnos y querernos”, lo entendió (supongo) y días después que lo vio el veterinario lo revisó y lo valoró, volvió a ser el de siempre, aunque ahora más demandante, sabedor de que era el único dueño y señor de la casa. Vitto odia estar solo y cuando se queda demasiadas horas sin compañía se enoja y hace maldades y travesuras para demostrarlo. Hoy tiene 10 años y goza de muy buena salud.

Bien, hasta aquí he narrado mi historia con los perros; sin embargo mi relación con los 5 anteriores fue digamos sin mayor interacción, y no tengo

demasiado que contar de ellos, pero con Lucca, logramos un nivel de comprensión muy interesante, llegó a conocerme y yo a él de una manera muy singular, a veces durante sus siestas se agitaba y aparentemente corría, yo me acercaba y le decía al oído tranquilo aquí estoy y se calmaba, suspiraba y volvía a dormir plácidamente; con él adquirí la costumbre de despedirme cada vez que salía, lo saludaba por las mañanas al despertar, le comentaba cuando llegarían de visita mis hijos y parecía que los esperaba con júbilo igual que yo.

En algunas ocasiones lo observaba y trataba de imaginar su origen, donde vivía antes del huracán, cómo se llamaría, quienes eran sus amos y si los recordaba, pues alguien me dijo que ellos nunca olvidan el aroma de su primer amo. Ví su proceso de cachorro a perro muy adulto, y su deterioro. Sobre su raza investigué lo suficiente y aprendí a jugar con él, a tenerlo siempre a mi vera hasta que me despedí de él un 30 de junio de 2024, con mucha tristeza,

pero agradeciendo el tiempo compartido y la experiencia de enseñanza que me prodigó.

Hoy a casi dos años de ausencia, lo recuerdo vívidamente y sigue en nuestros recuerdos y en el de muchas amigas que lo conocieron y supieron que fue un perrazo noble e inolvidable.



Fotos: Lucca (portada) y Vitto

WANTED

EDITION 01 | MOST WANTED ANIMAL | 11 JUN, 2026



EL MÁS BUSCADO POR EXCESO
DE TERNURA

TOBIÁS CASASÚS



PLEASE CALL JUANA BERNAL

Tapete persa

Juana Bernal

No sé por qué esta gente me cambia el nombre a cada rato. Yo sé que me llamo Tobi, pero de buenas a primeras llegó a mi vida Juana, mi tía paseadora, y me empezó a decir Tobías Casasús, que disque porque yo ya era un perrito grande y que era de perros melindrosos y amos obtusos andar con esas niñerías de los diminutivos.

Tobi es mi nombre antiguo, cuando yo era un cachorro, Blanca, mi mamá, me cantaba esta canción:

 “*Tobíto, Tobogan puyuyuyu, es el perrito más bonito de mi amor, al que yo quiero y yo amo con pasión, perrito poyoyan puyuyuyu*” 

(repetir dos veces y bailar como si el mundo se fuera a acabar).

Luego fui creciendo, mi nombre se alargó, le agregaron otros tonos, otros versos, y llegué a ser don Tobías Tobogán de las Montañas Irabién Casasús Bernal, Conde de la laguna, Marqués del Valle del Jaguar.

Pero las variaciones de mi nombre no cesan, si por casualidad yo robo las galletas, jalo del plato las quesadillas, saco los sándwiches de las mochilas o abro el horno, me dicen: don Perralbo, don Malcriado, don Firulais Pérez (mi abolengo se va por las patas)... y de inmediato agregan una retahíla de cosas: “los perritos traviesos y malcriados no van al cielo”.

Cuando esto sucede, yo solo tapo mis orejas con mis patas delanteras, sigo disfrutando mi botín, mientras recuerdo la frase: ¡Qué no te importe lo que digan los demás, sé tú mismo! Como decía el filósofo Aristóperres. Y para aclarar mi conciencia perruno recuerdo la frase de Pérrocrates: “Yo solo sé que no he cenado”.

Y ya que he mencionado olfatear comidas ajenas, me pregunto: ¿pero qué puedo hacer yo ante tanta insensatez humana?, yo solo soy un perrito de cuatro patas. Si usted se pone a cocinar enfrente de mi hocico claro que pensaré que es para mí, ¿por qué no he de pensarlo?

Mire usted lo que sucedió un día de esos de pandemia, mis cuidadores disfrutaban una película en familia, yo me encontraba entre ellos, extendido como tapete persa, cuando de pronto empecé a ver una dinámica interesante, el más pequeño de los humanos fue hacia la cocina y se sirvió un plato de bistecs a la mexicana, mi platillo preferido, un minuto después, el otro mini humano hizo lo mismo, luego todos desfilaron; y yo iba contando, y según mis cálculos ya todos habían comido, ¿y qué entiende usted querido lector? Pues eso, que el siguiente sería yo.

Y como soy un perrito independiente, no esperé a que me preguntaran si quería comer o no; así que hice lo propio, fui hacia la estufa, me puse en dos

patas y comí de la olla con mi hocico bigotón, estaba a mis anchas frente a la familia distraída, luego me la llevé hacia la sala para comer todos juntos, en manada. Con mi hocico la lancé al suelo y la fui arrastrando. El ruido me delató.

Sobra decir, que desde ese día la olla quedó abollada y cada vez que Mamá Blanca la ve, recuerda el incidente, así: “Esta olla quedó así por don Ese” Y yo sé que don Ese, soy yo.

Los niños ya crecieron, y ahora son adolescentes. En casa conviene mucho que haya ese tamaño de humanos, porque uno les puede colgar cualquier milagro, por ejemplo, la otra vez mi Mamá Blanca estaba horneando galletas de vainilla que iba colocando en la mesa para que se enfriaran. Lamentablemente (para ella), se quedó sin almendras, así que se fue a la tiendita. A los adolescentes les dijo que no tocaran nada.

Al volver, ella encontró las charolas vacías, acto seguido fue en busca de ese par “¿en dónde están las galletas?”, preguntó, ellos aseguraban que habían estado pegados a su celular, un argumento irrefutable. Pero ella no les creyó nada. Todo hubiera quedado así, de no haber sido porque frente a todos se me ocurrió jalar el mantel para obtener media galleta que había quedado por allí; en mala hora llamé la atención, encontraron migajas deladoras en mi hocico.

De poder hablar, yo hubiera argumentado que a mí no se me había hecho la prohibición. Mi cuidadora reconstruyó los hechos al más fino estilo Sherlock Holmes, volvió a la escena perruna y reparó en el mantel de lado, la silla fuera de lugar, las charolas, la mesa y el piso sin migajas, mis bigotes escarchados, y voilá el perrito culpable. Mamá Blanca volvió a decir que “los perritos traviesos no van al cielo” “bla, bla, blá, blá” o en mi caso: “gua, gua, guaaaah”.

Quiero decirles a todas ustedes, que esto que he contado no es ninguna travesura, ni malcriadez, es una muestra de que soy un perrito independiente, de que soy cazador y de que puedo valerme por mí mismo con mis cuatro patas, mi hocico y toda mi ternura.



Huella pátilar izquierda

*Texto autorizado, avalado y corregido
por Tobías Casasús*



Sagheera

Coral Buitrón

¡Otra vez otra vez! ¡No Kamal! Aquí, ¡corre!
¡Correee! Ja, ja, ja, nunca me ganarás.

¡Otra vez le gané a Kamal con la pelota!, y es que la verdad yo siempre he sido un poco obsesiva con esa cosa redonda y flexible, y si hace ruido cuando la muerdo, ¡mejor! ¡Me encanta! Aquí la tengo cuando yo quiera, pero también me gusta pensar o imaginar cuando estaba con mi familia, en el otro lado. Aunque puedo verlos todo el tiempo, esa experiencia de solamente estar allá, en el pasto, en mi cama (nuestra cama), acicalando las barbas de Oscar, y

comiendo, ahora se siente como solo una parte de la vida. Una parte buena, claro. Pero un tanto incompleta, superficial. Y a veces, solo a veces, la extraño. Y es que ahora tengo todo. Todo al mismo tiempo. Aquí, ahora, no hay pasado ni recuerdos. Todo existe en un solo momento. Es difícil explicarlo. Pero para que nos entendamos, te diré que soy inmensamente feliz.

Soy todo.

Estoy con Kamal y Yamil. Los cuido como siempre lo he hecho. También puedo estar con Oscar y Coral, aunque a veces ellos no me vean ni me escuchen yo siempre estoy con ellos. Sé, por ejemplo, que adoptaron a otro perrito, Pascal. ¡Ay, cómo me gustaría acicalarle esa cabecita, quitarle la basurita de sus bigotes! Él es un poco diferente a los demás, también a mí. Nosotros somos schnauzers. Incluso un poquito también Alhelí, mi nieta, aunque ella tiene algo diferente, algo de su mamá. Nosotros somos parecidos, barbudos con grandes orejas, unas paradas y otras dobladas, las cejas peludas. Kamal, Yamil, Jackson, Azahar y yo tenemos la cola cortita.

Pero Alhelí ya no, ella tiene la cola larga. Somos de carácter fuerte, algunos dirán que testarudos, a mí me gusta pensar que somos determinados y firmes en nuestro actuar. Cuando estaba con ellos físicamente, me peleaba con Azahar, pero solo a veces. Es que ella es muy necia, esa perrita ponía a todos alterados con sus gritos y su nerviosismo, yo solo intentaba calmarla y ella se enojaba más, por eso nos mordíamos, pero de verdad, éramos como uña y carne, siempre juntas. Ahora veo que tiene ya casi quince años. Uff, son muchos, ya no es la misma de antes. Ahora va más tranquila y ya casi no ladra, pero sigue con mucho arrojo.

El otro día hasta subió las escaleras, paso a pasito, pero subió. Después de esa enfermedad que le altera el equilibrio tiene algunos días malos. En fin, que yo estaré lista para ayudarle a transitar cuando llegue su momento. También mi Jackson está más viejito, igual de cascarrabias. Aunque se ha adaptado muy bien al perrito nuevo, ese Pascal.

Antes de que yo llegara con Oscar, Coral y Kamal, ellos tres habían vivido por un año. Kamal siempre fue un perrito muy educado y cariñoso, pero un poco serio. Cuando yo llegué, al principio Kamal ni se me acercaba, como si yo fuera un animal apestoso. Pero mi personalidad encantadora terminó por cautivarlo. A mí siempre se me facilitó la comunicación y lo que yo más quería (quiero) es mantener el equilibrio entre todos los seres de mi familia, yo era (soy) el pegamento que une a todos y equilibra los posibles enojos y conflictos que tengan mis familiares animales y humanos. Simplemente me gustó la tranquilidad y la armonía (ah, y las pelotas). Coral dice que yo soy la mamá de todos. Después llegó Azahar y nos volvimos inseparables. Luego, Kamal y yo tuvimos nuestros propios perritos. Esa noche yo estaba muy asustada, y aunque mis humanos me habían preparado una cajita para tener a mis bebés, yo preferí subirme a la cama con ellos y ahí di a luz la primera vez. De esos bebés, Yamil fue el que se quedó con nosotros. Unos años después

éramos una familia de ocho miembros, seis perritos y dos humanos.

Y nos mudamos de casa porque no cabíamos.

Durante un buen rato, vivimos en esa casa grande con un espacio con mucho pasto para jugar y correr y perseguir pelotas. Recibimos a muchos amigos, amigos humanos, amigos animales. A Yamil, mi otro hijito, le fascinaba observar a los cacomixtles. Se paraba en dos patitas para olerlos y mirarlos por las noches cuando bajaban a buscar comida. También entraban algunas aves a nuestra casa para jugar. A mí no me llamaban mucho la atención, pero Jackson y Alhelí solo pensaban en atraparlas. Yamil fue el primero en dar el salto. A todos nos tomó por sorpresa. Un día dejó de correr y no quería caminar. Después se lo llevaron y ya no regresó. Oscar y Coral estaban tristísimos. Tardaron mucho tiempo en reponerse. Unos meses después, mi Kamal siguió sus pasos. Yo no entendía muy bien qué pasaba, sabía que se encontraban en un lugar cerca, solo que ya no les podía lamer las barbas como antes.

Cuando fue mi turno, al principio fue un poco confuso. Sentí un dolor en la panza. Me habían llevado con Clarita y sus amigos para que me ayudarán, pero tenían que hacerme unas cosas, y regresar otra vez. Creo que tampoco sabían qué hacer. Yo no me quería quedar en ese lugar de nuevo. Esa noche la pasé afuera en el pasto, había algo que me inquietaba. Mis humanos estaban preocupados por mí y tampoco pudieron dormir. Al día siguiente me despedí de ellos y empecé mi viaje.

* * *

Mi perrita Sagheera es ahora enorme y está presente en todo momento. Con su compañía y su muerte he aprendido a disfrutar la vida, el sol, el olor y la sensación del pasto, a estar siempre del lado de las cosas buenas y a ver el dolor como algo pasajero. Acompañarla en el proceso de su muerte natural ha sido una de las más grandes experiencias que me ha regalado la vida. Ver a través de ese portal desbloqueó recuerdos de la muerte de mi propia madre y desde entonces me siento más viva.

Sagheera, peluda y calentita. Sus barbas suaves y largas. Sus orejas tiernas. Su dulce olor invade todo el espacio. Quisiera recostarme en su panza, como un cachorrito.



A través de tu mirada

Muriel Fonseca

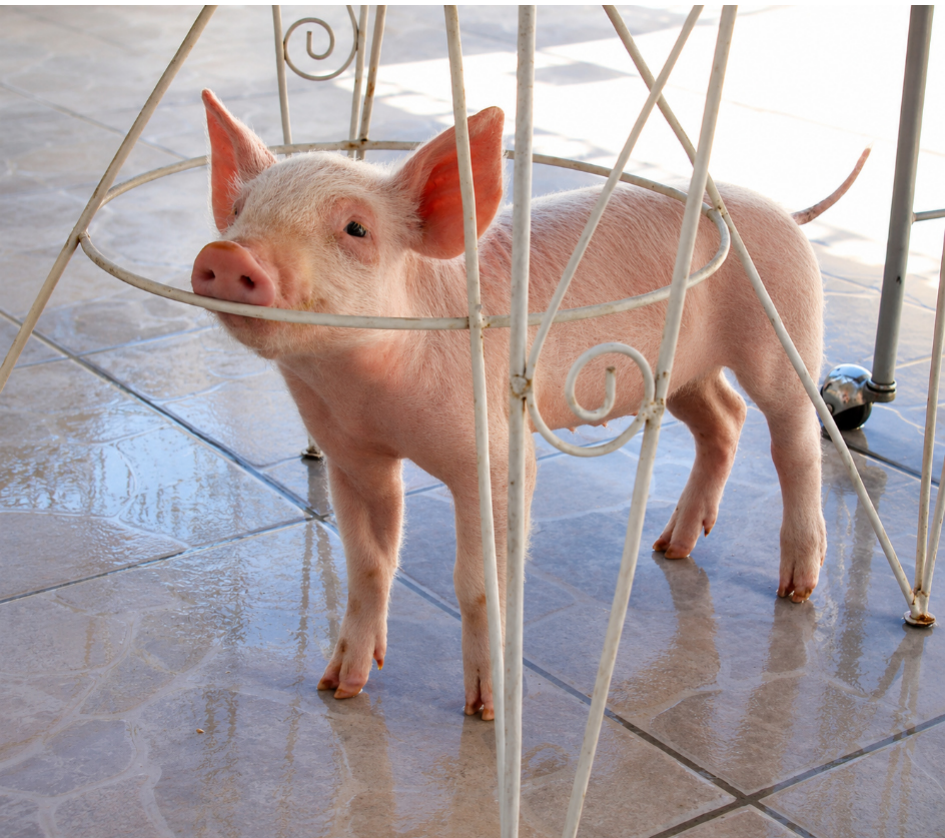
Durante once años he compartido tu mundo dentro de las paredes de la casa: el ritmo del patio, la calidez de la sala y los rituales junto a mis hermanas, Cholita y la peque Suri. Sé bien que soy el guardián de este núcleo. Aunque soy muy platicón —eso dices tú cada vez que te cuento los sucesos importantes del día—, nuestros momentos de silencio son los más valiosos; te hago notar mi presencia con el roce sutil de mi nariz en la punta de tus dedos. Paso por la cocina, el patio y cada rincón sin hacer ruido, solo para recordarte que aquí estoy, cuidándote.

Entendí pronto que la vida se compone de detalles sutiles. Desde cachorro me asombraba con las pequeñas cosas que descubriría por primera vez, como el vuelo de las mariposas o el canto de las aves. Sé lo que necesitas sin que pronuncies una sola palabra; por eso me acerco justo cuando hace falta, o me convierto en tu sombra mientras trabajas. Nos conocemos de otra vida, estoy seguro. En mi sangre de xoloitzcuintle habita la memoria de los guías de almas, y a la tuya la reconozco desde antes del tiempo. Casi puedo ver el hilo rojo que nos une.

Esta semana, después de una cirugía, me puse creativo y, en un momento de ausencia, decidí quitarme las puntadas. Sé que te asusté. Sentí tu miedo y tu urgencia cuando me pusiste esos vendotes y decretaste que ya no habría distancia entre nosotros. Tu solución para vigilarme veinticuatro siete se convirtió, sin querer, en el regalo más grande para mí: amo salir y acompañarte a todos lados.

Han sido días de oficina, pilates, el super y de acompañarte a tus citas de trabajo. Por fin logré ver la vida que llevas fuera de casa, esa que antes solo podía imaginar cuando te veía cruzar la puerta. Te vi mover el mundo, organizar el día y respirar en otras frecuencias. Yo, feliz de la vida, me dediqué a observarte; vi al pivote que organiza mi universo ser también el eje de su propio entorno. Aunque me digas “bebé viejito”, y mis pelitos pelirrojos —esos que le heredé a mi abuelo Juan Colorado en el copete y en la punta de la cola— ya delaten el paso de los años, hoy me sentí más fuerte que nunca.

Cuentan que los de mi raza acompañan a los humanos a cruzar al otro lado, pero hoy entendí que mi verdadera tarea es acompañarte en esta vida. Ya no soy solo Pilón, el perro que te espera; ahora puedo decir que soy tu compañero y testigo de toda tu existencia.



La puerca de mi hermana

Noemi Silva

Hace más de un mes mi hermana llegó con una puerca, ¡una puerca!, o como le llama ella “una lechoncita recién destetada”. Mi hermana siempre ha sido así, según ella le quiere llamar a las cosas por lo que son, pero la verdad, es una sabelotodo.

A mí nadie me avisó, ni me preguntó, y claro que como ella está a punto de salir de la universidad y yo sigo en secundaria, pues un puerco será nuestra primera mascota de cuatro patas. Ella dice que siempre quiso tener un puerco, aunque fuera un

últimos semestres o tal vez fue culpa de Babe, “el puerquito valiente, y ahora el patio que da a nuestras recámaras es el lugar favorito de una pirrusca rosada.

Yo pensé que la habían traído desde un rancho, pero al parecer aún existen criaderos dentro de la segunda ciudad más grande del país, y que disque la puerca es muy valiosa porque tiene muchas tetillas, buena para tener hijos.

La llamó Pibil.

La cochinita Pibil.

Por cómo ha crecido este mes, claramente no es un mini pig, y cómo no iba a crecer, si cada vez que suena el microondas ella levanta sus orejitas anticipando las tortillas calientitas y pues claro que a todos se nos derrite el corazón y le pasamos mínimo media tortillita por la ventana. Pero no sólo come alimento especial y tortillas, la muy fina también come su ensaladita, nueces y verduras.

Mi mamá le echa carrilla a mi hermana, que su puerquita tiene un cutis rosa precioso porque ella sí come jitomate.

Llegó envuelta en una toalla, en los brazos de mi hermana, se dormía en sus piernas y como se resbalaba en el piso de la sala, siempre se sintió más a gusto en jardín, aunque el jardín no sobrevivirá a esa nariz tan poderosa.

En la mañana encontré a mi hermana llorando en el piso con Pibil.

No podía mover sus piernitas traseras, se le desvanecían cuando intentaba pararse, un problema neurológico seguro. “Por eso no siempre es bueno tener animales, luego se encariña uno, y cuando se enferman, uno sufre mucho”, escuché como le dijo mi papá.

Ella la acariciaba mientras llamaba al criador para preguntarle a dónde la llevaba, no sabíamos si cualquier veterinario los atiende. Hemos tenido varias tortugas, canarios, peces, inclusive unas co-

dornices, pero nunca un perro o un gato; mucho menos un puerco.

“Véngase, yo acá se la reviso”, escuché a través del celular.

¡Mi hermana regresó con Pibil embarrada de aceite de coche!, ¡de coche!

Pibil corrió como si nada hubiese pasado y procedió a frotarse su cuerpecito contra las paredes del patio. Al parecer solo necesitaba bloqueador solar porque le encanta el sol pero es más transparente que la cebolla desflemada.

Los siguientes meses Pibil fue la reina del jardín, le dejamos destrozarse el pasto para que se pudiera cubrir con territa húmeda y seguir disfrutando de los rayitos de sol que tanto le gustaban.

Cambiamos un jardín, por un pedazo de lodo, y un corazón temeroso de llegar a querer demasiado, por uno dispuesto a hacer un cochinerito por amor.





¿Qué pasará por la cabeza de Cookie?

Diana San Vicente

Despierto y recibo el mensaje: Cookie tuvo que ir al hospital. Mi tía cuidaba de ella. Habíamos salido del país y nos ayudaría a darle una vuelta y darle de comer. Cuenta que un día llegó y la encontró con la cabecita recargada en la pared y decidió llevarla con ella a casa. No imagino lo que hubiera pasado si no lo hubiera hecho. A la semana sufrió una embolia. Ni siquiera imaginamos que un perrito pudiera tener una embolia, pero ahora tiene toda la lógica del mundo. Afortunadamente, con la veterinaria y los cuidados de mi tía salió adelante. Regresamos a San Luis Potosí y pudimos abrazarla de nuevo.

Cookie tenía trece años, ya eran frecuentes sus olvidos. Iba por las escaleras y se detenía a la mitad, parecía que no recordaba si subía o bajaba o para qué iba a subir o para qué iba a bajar. Caminaba lento y si le hablabas ya no podía escucharte. Cookie saltaba si de repente le agarrabas la cabecita sin aviso. Recorría toda la casa y la olfateaba como si nunca hubiera pasado por ahí.

—Es demencia senil —dijo la veterinaria—, sobrevivió a la embolia, pero sigue desorientada con frecuencia. No sabemos cuándo pueda suceder una recaída.

Cookie a veces me observaba y ladeaba la cabeza. Me preguntaba quién era con sus ojitos cafés. Le decía “Soy Diana”, intentando descifrar si entendía. Me respondía: “Mucho gusto, soy la Cookie”, y seguía su camino. Volvía a encontrarme después de un sorbo de agua y me preguntaba: “¿Quién eres? Yo soy la Cookie”. Yo le decía mi nombre todas las veces que fuera necesario.

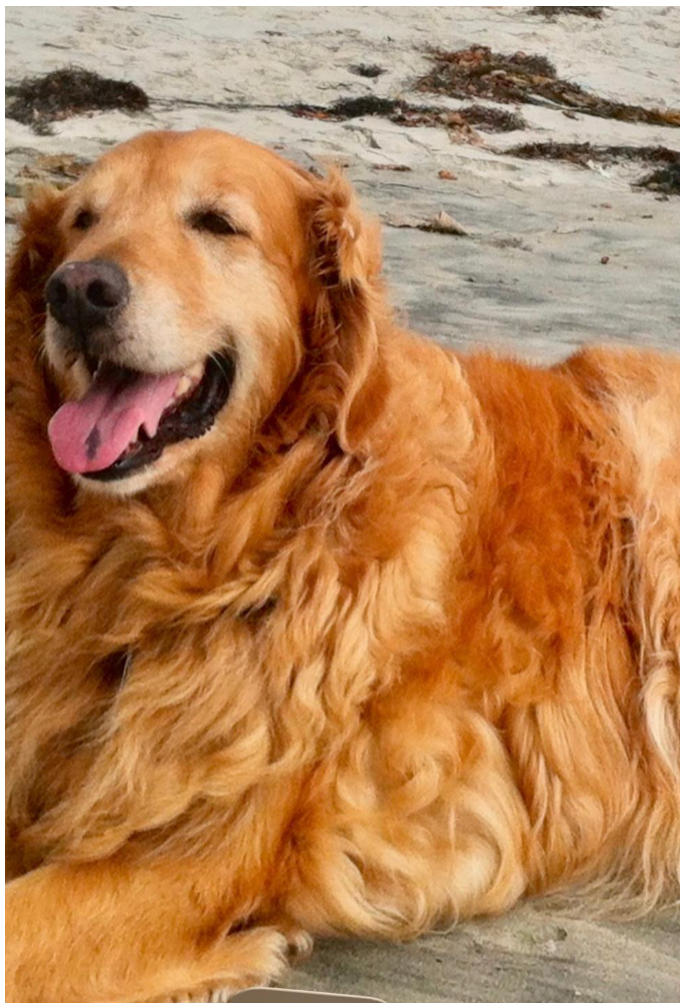
A veces tenía momentos de lucidez. “Hola, hace muchos años que no te veía. ¿A dónde habías ido?” Me daba besos y se acurrucaba. Luego me volteaba a ver y decía nuevamente: “Hola, soy la Cookie, ¿tú quién eres?”.

Quizás por su mente todo era nuevo, quizás a veces eso era emocionante, quizás tenía miedo. Su nariz la confundía: ya había pasado por ahí, ya había conocido ese mueble, ya había conocido a esa persona. A lo mejor solo disfrutaba de los colores que podía ver y la sensación de su alrededor. Una pelota pasaba por su cabeza y le recordaba de repente lo mucho que había jugado. Probaba la comida y se acordaba de que le gustaba comer.

Yo estaba en el aeropuerto, me había despedido por la mañana y le había dicho que la quería. Me contestó: “Soy la Cookie, tengo sueño”.

Una videollamada me mostró cuando fue a la clínica finalmente a cerrar sus ojitos.

Me gusta pensar que, antes de dormir , *se acordó de todos nosotros.*



Harley

Olga Contreras

Se forman las gaviotas para verte pasar y rendirte saludos y tú te sientes provocado, corres tras ellas, son más rápidas que tú y vuelan victoriosas; te vas siguiendo sus graznidos.

Brillas rojo bajo los rayos del sol, ¡hermoso!

Exploras todo, parece que tomas nota.

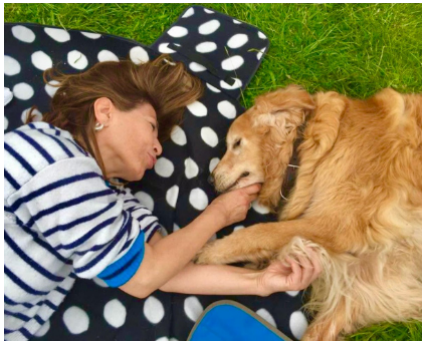
Fuiste un gran compañero,
siempre dispuesto a la aventura.

Fuiste amoroso y mimado,
conquistabas en cualquier lugar.

Tus recuerdos traen sentimientos de felicidad y
dulzura por haberte tenido,
y de tanta amargura por haberte perdido.

Mi corazón agradece siempre el cariño que
brindabas, tu patita insistente, tus suaves gruñidos,
tu sonrisa, tus vueltas de loco.

Estás presente siempre.





Lo que me enseñaron

Alejandra Solano García Rojas

La primera fue Almita. Una dachshund de pelo largo que llegó de la calle, golondrina —negra con dos puntitos rojizos sobre los ojos—, que durmió con los ojos abiertos casi un año. Miedo guardado en el cuerpo, de tanto abuso de sus primeros años de vida. Tardó casi un año en creer que con nosotros podía dormir tranquila. Cuando finalmente lo hizo, aprendí que la confianza se construye en pequeños gestos, con caricias muchas y en la mirada que la acogía de vuelta cada vez que jugaba, que comía, que saltaba, y me encontraba ahí, siempre para ella.

Almita sonreía de una manera que no sé explicar. Cazaba topos en el parque con una seriedad de depredadora, se peleaba con perros del doble de su tamaño, y luego volvía a casa y se instalaba a mis pies como el perro más apacible. Me acompañó por años de tratamientos médicos y esperas, con su presencia constante y amorosa. Cuando por fin llegó Naty, la recibió con resignación, que fue evolucionando en curiosidad y en eventual lealtad. Le enseñó a mi hija que los seres peludos son seguros, que la primera amistad puede tener cuatro patas y que es mejor que un hermano. Y que la vida, en un accidente, nos puede enseñar de la desesperación de las despedidas a destiempo.

Mi Camiquiqui llegó gruñona y se fue gruñona. Color hígado, carácter hígado. La entrené al baño al mismo tiempo que a Naty, las dos juntas aprendiendo que hay lugares para cada cosa. Naty la sacaba de su cuarto jalándola de las orejas como si fuera un juguete más, y Camila lo aguantaba con una

paciencia que yo no hubiera tenido. Por las noches se echaba a mis pies en la cama, siempre a una distancia cuidadosamente calculada. Lo suficientemente cerca para acompañarme. Lo suficientemente lejos para que yo no pudiera abrazarla. Mis demostraciones de cariño la agobiaban. Se fue haciendo viejita... La primera con la que aprendimos de pasos más lentos... Que usó silla de ruedas para perritos, que se recuperó y que estiró su vida muchos años... Que eligió despedirse en su rincón favorito del jardín, en la tarde, con Naty en *facetime* despidiéndola desde Estados Unidos y sus compañeros perrunos a su lado.

Pablo llegó por error. Mis primas aparecieron con una camada entera de cachorros schnauzer “para que jugara Naty”, y mi niña señaló uno y dijo:

—Mamá, este es mi perro y se llama Pablo.

Gris pimienta, con su corte elegante de schnauzer, bigotón y cejotas, y una respiración de Darth Vader que se escuchaba desde el pasillo.

Mi Panchibubu no era listo; pero era hermoso. Y se tomaba muy en serio la tarea de cuidarme. Me seguía por la casa como un policía en comisión, siempre atento, siempre vigilando algo que nadie más veía. Si yo cambiaba de cuarto, él cambiaba de cuarto. Si me sentaba, se apostaba a mi lado. Ladraba para defenderme con todo lo que tenía, pero si se quedaba atrapado en el jardín a la mitad de la lluvia, no pedía ayuda. Nunca parecía tranquilo si no sabía dónde estaba.

Pablito me quería de una manera que ninguna persona me ha querido, creo yo. Me hacía sentir amor incondicional, de perro enamorado y resig-nado. No sé si eso era virtud, si era porque no era muy listo, o si simplemente no tenía memoria para el rencor. Da igual.

Coco llegó bebecito, enfermo, y se fue pronto. Unos días con nosotros, unos días en la clínica, peleando con todo su cuerpo pequeño por quedarse. No lo logró. Nuestro amor no nos alcanzó para retenerlo.

Ahora está Layka. La promesa de un nuevo golondrino, de rostro igual a Almita pero que se quedó chiquita. Vive entre dos impulsos: esconderse y querer. Se esconde cuando el mundo es demasiado. Aparece cuando ella decide que es momento. En cada contacto te lame la mano a besos, como si tuviera que recuperar el tiempo que estuvo guardada. Mi “churrumais de pollo”. La epilepsia la acompaña desde hace años. Después de cada crisis vuelve a levantarse y vuelve a ser Layka: besona, cariñosa, insistente. Preciosa como una joyita peluda.

Y está Rubi, la benjamina de la familia, color miel, larga larga, la más salchicha de todas. La más loca. Dos años de pura ansiedad desbordada. Devora libros y muebles cuando se queda sola. Pero cuando llego, se para de manos y me da la mano, como persona. Me muestra, sin quererlo, la sombra del apego.

Hay gente que dice que los perros te enseñan a vivir el presente. Yo tardé años en entenderlo. Cuatro

de los míos ya habitan el cielo de perritos y dos más me acompañan saltando al regazo.

Todos me enseñaron sin palabras, con puro cuerpo y presencia. Me parezco a todos ellos en algo. Cada uno, un ángel a su manera.

*Colaboración especial de la hija de
Ana María García Rojas*

Foto: Laika y Rubi.

Terciopelo negro

Mariana Huerta Jiménez

La primera vez que sentí calor no fue el de mi madre, sino el de unas manos humanas. Una mañana, bastante desorientado y hambriento, observé movimiento e instintivamente corrí, siguiendo los sonidos hasta que sentí un calorcito que tocaba mi pelito sucio, negro y crespo. Deje de sentir hambre y frío el resto de mi vida. Entendí que esas miradas y ruidos que me daban miedo eran una señal de que nunca más me sentiría solo. Y fue muy en serio porque llegué a una casa con seis humanas. A veces me zarandeaban y me asustaba, pero me fui habituando al constante frotamiento de mi pelito y a



tener alimento varias veces al día. Había ventanas por donde entraba el sol y diversos espacios confortables para descansar, cosas raras con cuerdas y pelotas con hierba que me enloquecían, muebles y repisas para escalar y hacer cosas el resto de mi día: cazar, dormir y acicalarme. Una de las veces que salté por la ventana, quedé encerrado en un lugar sucio y oscuro y aprendí a no meterme en problemas.

Escuché su voz antes de verla. Corrí hacia el sonido y, cuando apareció en la puerta, soltó un grito tan fuerte que hasta yo me asusté. No entendía por qué lloraba si yo ya estaba en casa. Después vino un buen baño y mi pelaje quedó brillante, suave como terciopelo. Fui creciendo y llegó él. Otro peludo negro, ojos verdes de gran tamaño, mayor que yo y muy gordo, pero con una mirada triste. Yo tenía los ojitos amarillos y siempre fui flaquito y muy ágil. Mi trabajo, decía mi humana, era sacar a todos los bichitos y acompañar a las chicas durante sus largas noches de estudio especialmente con Betza, guar-

diana de la limpieza, que me mimaba mucho. Todas las noches me acomodaba exactamente sobre los apuntes y libros que necesitaba estudiar al día siguiente. Garrita por aquí, Garrita por allá. Así entendí que ese era mi nombre y al nuevo lo llamaban Úrsulo. A Úrsulo lo encontraron en un invernadero con una lesión en la patita. Nunca me sentí territorial y al final hasta dormíamos juntos. Nos hicimos inseparables hasta que llegó el momento de la desaparición... Entonces llegó un nuevo integrante, el famoso “Sargento Ness”, pero esa es otra historia.

Después de la casa de las chicas, nos movimos a otro lugar muy diferente, mi humana, Úrsulo, Ness y yo. Éramos cuatro por el mundo, nuevas aventuras, olores, cosas, un entorno distinto de donde nacimos y crecimos. Todos nos fuimos adaptando, nuestra vida continuó con pequeños cambios, pero siempre juntos, nunca faltaron los platos llenos ni los rincones soleados para dormir. Seguimos jugando a

“sacar bichitos”. A veces conservábamos los más grandes como un regalo, pero a mi humana no le gustaban tanto. Al final del día las recompensas eran las caricias, el ronroneo y acurrucarnos por las noches.

Pasamos juntos siete años y, un día, Úrsulo salió de casa y nunca regresó. Durante semanas seguí oliendo los rincones donde acostumbraba a dormir. Mi humana lloraba y todos los días salía con Ness a buscar y preguntar a los vecinos. Pero jamás lo encontraron. Ella se consolaba diciendo que se lo habían robado por ser un gato hermoso y muy social. Yo siempre fui tímido, solitario pero muy valiente. No dejaba que ningún otro gato callejero se acercara a mi terreno. Cuando nos mudamos por tercera y última vez, una mañana olía diferente. El aire era pesado y fue cuando yo desaparecí.

* * *

Hasta aquí he contado la historia tal como imagino que la habría contado Garrita. La última vez que lo vi, estaba acostado en el respaldo de una silla, observándome con esos ojos amarillos que parecían de oro viejo. Nunca supe qué ocurrió con mi gatito. Lo busqué durante semanas, recorrí las calles, pregunté a los vecinos, coloqué algunas de sus cosas afuera de casa para que reconociera el camino. Regresé una y otra vez a los lugares donde creí que podría encontrarlo. Con un gran sentimiento de culpa y ahogada en mi tristeza, entendí que había sido el fin de mi terciopelo negro tan oscuro como la noche. A veces todavía creo verlo y, por un instante, vuelvo a sentir que está por entrar a casa.

Han pasado tres años y aunque no tuve una despedida, me queda el consuelo de haber compartido diez años con aquel pequeño gato que un día llegó hambriento y asustado para convertirse en parte de mi familia.



Garrita 2013-2023



Ángeles de la guarda

Carmen Partida

En mi vida han existido tres mascotas importantes y una que, aunque su paso fue breve, recuerdo con cariño.

La primera fue una perra pastor alemán, de nombre Princesa. Soportó carencias y descuidos, pero su sobrada inteligencia la hizo regresar a la huerta después de una semana de haber sido dejada en el pueblo vecino por descuido de mi padre.

Con ese animal conocí la lealtad amo-perro. Sobrevivió al desprecio de mi madre y, cuando ya no la soportó más, fue regalada a un tío, viviendo así una vida que jamás había conocido.

Finalmente, le hizo honor a su nombre: “Princesa”. Conoció por fin las visitas al veterinario, la comida diaria y el cariño sin celos.

Porque el amor que mi papá experimentó por esa perra fue motivo de gran rabia de parte de mi mamá.

Los animales, así como las personas, también han sido objetos de venganza o de reconocimiento. Cuando yo era niña, creía que cuando un papá le regalaba un cachorro a su hijo era porque lo amaba infinitamente. Igual, cuando había pleitos entre vecinas, se mataban a sus respectivos perros; creo que eso todavía sigue siendo una práctica activa.

Esa Princesa fue expuesta no sé cuántas veces a la muerte, pero subrayo que poseía una inteligencia tremenda, motivo por el cual siempre esquivó los autos de la avenida Federalismo y dio con su hogar cuantas veces la intentaron perder. Vivió muchos años, plena y feliz, en el lote del tío; murió sin sufrir. Ella es un ejemplo clásico de vida de telenovela, en donde la sirvienta se convierte en la señora de la casa.

De esa Princesa nacieron seis machos. Uno fue mi primer perro; su nombre era Bogui. Fue como mi marido en funciones. Siempre que salíamos a correr en el rancho, me protegía de las vacas y siempre me acompañaba a dejar a mis hijos en las escuelas. ¡Sufrí más la separación de ese animal que la de ningún novio!

Fue peor que bravo, era el mismo demonio, pero jamás me he sentido más segura y protegida. Nuestra relación fue muy profunda; en esencia, éramos muy parecidos.

Un día me ladró con desesperación, porque había llovido mucho y encontró a una perrita con tres cachorros. Me llevó hacia ellos, como suplicándome que los rescatara, y lo hice. Así llegué a tener un perrerío, que afortunadamente pude regalar.

Sin ese perro, yo jamás hubiera librado la vida de rancho, porque él me alejaba serpientes, zorrillos y cuanto animal peligroso se acercaba. Las mascotas son los ángeles de la guarda.

Después tuve a mi salchicha Polly. Vivió casi dieciséis años con nosotros. Ella fue prácticamente de mi hijo sus primeros diez años y mía los últimos cinco. La traté como a una bebé consentida. A la fecha, le agradezco que entregara su vida un día antes de mi cirugía de columna. Ella decidió que su misión había terminado; fue como si hubiera notado que sería difícil cuidarla bajo esas condiciones.

En nuestro ritual de despedida, se incorporó brevemente, recordándome todo su amor, y sentí que se despedía, diciéndome: “Todo saldrá bien”. Partió en paz y con todo el agradecimiento de mi parte, por haber hecho mis paseos matutinos tan amenos.

Mi gratitud para los perros que encontré en el camino; mi desprecio para el que me hizo pasar por un camino de perros.



Jana Cecilia

Joselin Rodríguez

Jana Cecilia llegó a mi vida para hacerla ruidosa y caótica. Para llenarla de amor y acompañamiento. Era hija de Nina, una schnauzer bellísima, de personalidad imponente y ruidosa también, y fue adquirida por 1,200 pechereques (peséis, peluchólares) a una amiga que tuve en la prepa.

Si hablamos de merecimiento, Jana se merecía la luna, el sol y las estrellas. Siempre me arrepentí de no haberle dado una vida con más tierra, arena en la playa y zapatos para morder. Fue mi mejor amiga por casi ocho años, estuvo al borde de la muerte dos veces, amaba hacer colecho conmigo, dormía en mi

almohada la descarada, y siempre que me veía llorar se sentaba al lado mío como diciendo: acaríciame tonta, para que te sientas mejor, y, ¡lo hacía!, la acariciaba y al instante podía sentir su suavidad y su cálido pelaje que me reconfortaba. Mi mamá me contó, en varias ocasiones, que también la acompañó en sus momentos tristes, pero a mi mamá no le gustaba tocarla, entonces Jana la veía con sus ojitos vidriosos desde abajo para transmitirle su calidez, y mi mamá le decía: ¿Que me ves? ¡Ya! ¡Voy a estar bien! Yo creo que Jana pensaba: si me abrazaras podríamos adelantar el proceso y te sentirías mejor, pero bueno, allá tú.

En otra vida Jana Cecilia trabajó en una actividad asistencial, estoy setenta por ciento segura, como trabajadora social, psicóloga, enfermera o doctora. De lo que sí estoy segura cien por ciento es que cantante no fue, tenía la voz más chillona y ruidosa; de hecho, era su único defecto: sus cuerdas vocales se activaban al más mínimo sonido de los pasos cerca de la puerta de entrada.

Jana conoció a todos mis novios (que no fueron muchos, aclaro) y los enamoró con su peculiar personalidad. Como yo, fue cálida, divertida y leal. Le daban miedo los cuetes, y siempre olía bonito, otra cualidad que teníamos en común.

Al despedirla me di cuenta de lo mucho que quedé debiéndole, ella se llevó un pedacito de mi corazón juvenil, mis noches de tareas, mis besos, y las mordidas que le daba en sus orejas; y yo, me quedé con su olor, con su mirada, los pelos gruesos que salían de sus bigotes y su manera tan silenciosa y amorosa de acompañarme.



Espiral

Gladys GC

Llegaste en una cajita que apenas medía el tamaño de mi mano. A pesar de que en ese entonces me prohibieron llevar a casa mascotas, decidí ser rebelde nuevamente. La cajita se movía estrepitosamente y no creía la fuerza que tenías por salir de ahí. Al abrir la caja vi una bolita en blanco y negro con carita exigente que me ordenaba que lo liberara inmediatamente o habría consecuencias graves (tus mordiditas). Tenías toda la actitud de un rey. Me recordaste inmediatamente a Ubu rey, ya que al paso del tiempo todos fuimos tus súbditos brindándote todos los cuidados y caprichos posibles.

Al paso del tiempo las mordidas cambiaron a ronroneos (sí, ¿sabían que los conejos ronronean? Yo tampoco lo sabía hasta que te conocí), comíamos fresas y moras juntos y me acompañaste a altas horas de la noche a estudiar siempre arriba de mi hombro con un elegante equilibrio.

Me acompañaste en la primera familia que intenté formar, siempre a lado mío vigilando que nadie se pasara de listo conmigo o gruñías y atacabas. Rodeabas mis pies al lavar los trastes como símbolo de cariño y para darme entender que yo era tu propiedad, haciendo un círculo seguro entre los dos, de una amistad y cariño más puro que jamás había sentido.

Una espiral de amor.

Nuestro vínculo creció cuando te presenté más frutas, entre ellas el plátano o, como le llamaban en ese entonces, los chi cheñoles. Jamás te había visto tan feliz y como agradecimiento, desde entonces, comenzaste a darme besitos con tu lengua.

Me acompañaste en momentos muy felices, así como en los más oscuros de mi vida, siempre en mi hombro o en mi cabello, siempre a mi lado.

Te vi dormir múltiples veces en máxima tranquilidad y me preguntaba si estarías soñando en frutas y verduras o pasto y enormes campos. Pero siempre que despertabas me buscabas con la mirada y recordabas que estabas conmigo y no había ningún peligro.

Cuando saltabas de felicidad, siempre me recordabas que lo más importante es disfrutar cada día, el respirar, el poder comer, el poder soñar. Gracias a ti logré comer verduras que tanto odiaba.

Me acompañaste en momentos que jamás creí que un conejo pudiera hacer. Si, para ti fue algo básico entre manadas, pero para mí fue el gesto más puro y noble de todo un rey. Aún recuerdo ese día al llegar a casa con un esguince de tobillo. Mi manada, mi familia humana que intenté formar, ni siquiera se molestó por llamar al menos a algún médico o llevarme en auto a un hospital. Pero tú, viéndome muy espantado, analizaste la situación y fuiste

directo a ese tobillo a lamerme lo más que pudiste y ahí lo entendí todo. Entendí que al final, después de pasar por tantos intentos fallidos de pertenecer a una familia sana, logré tener a mi propia familia, la tuve todo ese tiempo, porque todo el tiempo fuiste tú.

Gracias a ti logré comprender que la manada, la familia, puedo elegirla. No tienes idea cuánto te extraño, pero por ti, seguiré esa enseñanza y seguiré procurando a mi manada diariamente (adopté una perrita, dos conejos y un gatito ahora) tratándolos como reyes como tú lo fuiste porque merecen eso y más.

Se que algún día volveremos a vernos y brindaremos con muchas fresas y moras, en tu reino de cheñoles.

Viviremos nuevamente esa espiral de amor.





Yaro

Xóchitl Partida

Los perros, o cualquier mascota supongo, nos dan increíbles lecciones de vida. Por ejemplo, a mí, mi perro Yaro, un caniche de color negro que vivió catorce años a mi lado, me enseñó que no importa la edad, la enfermedad ni lo sencillo de las actividades que vas a realizar durante el día, sino el entusiasmo con el que lo enfrentas.

Para mi perro, un nuevo despertar era la oportunidad perfecta para demostrar el amor que sientes por los que te rodean. Me sorprendía ver que Yaro, a pesar de tener un tumor en su pierna y catorce años perrunos, se despertaba cada mañana,

hasta la última que vivió, moviendo la cola, visiblemente alegre, entusiasmado, feliz de recibir solo un puñito de croquetas y un cuenco con agua limpia, y a veces ni tan limpia, porque al final, yo no tenía mucho tiempo para atenderlo, apenas le daba una caricia rápida por la prisa de irme al trabajo. Pero eso le bastaba a él para estar contento y agradecido todo el día.

Cuando yo viajaba, Yaro podía quedarse hasta tres días echado frente a la puerta de la casa esperando mi regreso; hasta que comprendía que yo me iba a tardar semanas y entonces regresaba por las noches a dormir a su cama.

Su amor y su fidelidad fueron extraordinarios. Por eso sentí un puñal en el corazón cuando tuve que dormirlo para evitarle el sufrimiento de una operación sin pronósticos positivos. No quise someterlo al dolor ni a la decadencia que no conocía, pero jamás olvidaré la sensación de la mordida que me dio en la mano derecha cuando lo detenía para que le aplicaran la anestesia que lo llevaría al descanso.

Cuando ya no podía mover su cuerpo, aun sus ojos estaban alertas y me miraba como preguntando “¿qué está pasando?, ¿por qué no me puedo mover?”. Nunca olvidaré ese día, y siempre me sentiré culpable de haber sido yo la que decidió terminar con su vida. No quería exponerlo al ultraje de una operación que, si la saltaba, solo le aseguraba un tiempo breve de salud.

Yaro amó la vida hasta el último día y yo lo amo a él aún después de su muerte. Espero que donde esté, me perdone. Ojalá él viva en el paraíso perruno que imagina Pérez Reverte para los chuchos: “un prado cubierto de flores hermosas —donde van a descansar los perros buenos y valientes: allí donde sólo hay agua limpia y fresca, huesos con mucho tuétano y perras guapas que siempre están en celo”. Lo de las perras guapas que siempre están en celo se lo pudo haber ahorrado el español, además, Yaro estaba castrado, pero bueno, ¡ojalá que exista un paraíso perruno!, porque los chuchitos se lo merecen.



El ángel que me enseñó a amar

María Fernanda Castañeda

Un schnauzer para el mundo, un ángel para mi familia, pero, ante mis ojos, el amigo insustituible, aquel que guarda en su mirada el mapa de mi propia vida.

Hace quince años, la noche se resistía a envolverse; un llanto sutil, un llamado a la puerta de mi cuarto, quebró el silencio. Al abrir, mis ojos se encontraron con la escena más dulce: mamá y mi hermana, cómplices de una sorpresa, regañaban a una pequeña madeja de pelo negro. Esa noche, el sueño se convirtió en una emoción vibrante; era mi primera mascota, un secreto que me obligaba a salir

de puntillas solo para verlo respirar. Al final, fui yo quien terminó siendo regañada por alborotar aquel sueño peludo.

Dicen que los nombres se eligen, pero a ese pequeño chaparro el suyo le pertenecía desde antes de llegar. Por falta de artificios, conservó un nombre que terminó por volverlo único: Chapopote, o simplemente Chapo, quien nació un 18 de marzo para cambiarlo todo.

Con el paso del tiempo, el reino de Chapo se expandió. Llegó Miltón, un pequeño viejito, y después, como un coro de almas, le siguieron nueve más: Jack, Perla, Pitufina, Güero, Nena, Blue, Vexy, Lucifer y Sultán. En ese orden exacto llegaron a nuestras vidas, sembrando travesuras, dolores de cabeza y, sobre todo, una compañía infinita.

Quince años son un océano de anécdotas, pero hay un refugio al que siempre vuelvo: los días de enfermedad. Chapo se volvía mi centinela, permaneciendo a mi lado, velando mi sueño hasta que la salud decidiera regresar. Y cuando la tristeza me

alcanzaba, nos sentábamos juntos en el piso. Él me miraba con una sabiduría antigua, como si pudiera leer el lenguaje de mis heridas, y en ese contacto, el mundo entero se detenía y cobraba sentido. Todo era perfecto.

Pero el tiempo es un flujo que también acarrea sombras. En 2025, la demencia comenzó a empañar su lucidez. Olvidaba el sustento, su cuerpo le pesaba y el equilibrio se le escapaba de las patas. En diciembre, su luz parecía desvanecerse. Mientras mamá y yo estábamos en un campamento, él quedó bajo el cuidado de una veterinaria. Cargaba conmigo la esperanza de volver a verlo, pero el destino tenía otros planes.

El 21 de diciembre, la noticia llegó como un golpe seco: el tiempo de Chapo se agotaba. Aunque habría dado cualquier cosa por sostener su pata en su último suspiro, sabía que él ya estaba sufriendo. Tomamos la decisión más agónica, la que nadie debería enfrentar jamás, y fue así como emprendió su vuelo.

Quedé devastada, con un hueco en el pecho donde antes habitaba mi mejor amigo. Las lágrimas fueron mi único idioma, pero mis amigos fueron el sostén que evitó mi caída. Justo antes de la misa de clausura del campamento, pedí algo que me parecía inmenso: que se orara por él. Aunque era una pérdida pequeña para otros, para mí era el mundo. Encontré en el calor y el apoyo de los presentes el refugio que necesitaba.

No diré que lo he superado; mentiría al mundo y me traicionaría a mí misma. Aún lo extraño, con una intensidad que me sobrecoge, pero guardo la paz de saber que lo liberamos del dolor. A veces, cuando el silencio trae el recuerdo de él y de Miltón, suena “Extraño” de Tinkerbell en mi mente, y en cada nota, vuelvo a vivir, una vez más, cada momento que fuimos eternos juntos.

Éramos dos almas que se hablaban sin palabras. Ambos entendíamos el lenguaje de la presencia: bastaba con estar ahí. Nos acostumbramos a ser el refugio del otro, a sostenernos en las sombras y a

acompañarnos en cada instante. Aunque el destino me negó el privilegio de sostener su pata en aquel último momento, lo hice a mi manera, desde la distancia y con el alma entera. Quise, con cada fibra de mi ser, que él supiera que no estaba solo, que el hilo que nos unía era más fuerte que cualquier despedida y que, pase lo que pase, su nombre viviría tatuado en mi memoria para siempre.



Eclipse de Luna

Alejandra Partida

La consentida de la casa, la niña eterna que se recuesta a los pies de uno, juguetea con los muchachos y saluda a todas las visitas con insistencia hasta que le rascan la barriga, la muñequita más dulce de mi hogar me quiere mucho pero no soy su favorita. No me mal entiendas, ambas nos adoramos, me sigue a todas partes en la casa y, estoica, me acompaña por las noches cuando me desvelo trabajando. Cuando los efectos secundarios de aquel tratamiento me dejaban hecha una madeja de trapo, ella fue la compañera más constante, siempre ahí, sutil pero haciendo guardia sin pausa junto a mi

cama de enferma. Yo no puedo menos que amar a alguien así. Así que la subo a la cama y leemos juntas, o le comparto de mi plato, igual que todos en la casa. Es amada y ella nos ama, pero la habitación más grande de su corazón está ocupada por él. Ése que dijo que nunca iba a aceptarla en la casa ahora la quiere igual que a sus hijos y ella le devuelve su cariño como si fuera su padre. Y estoy perfectamente bien con eso.

Recuerdo siempre comprar su alimento favorito, llevarla por sus vacunas y tener su cobija favorita limpia. Me enojo con sus travesuras, pero por más que la regaño, luego no puedo disciplinarla. Me mira con sus ojos de miel y entonces me río de sus locuras y limpio sus desastres sin chistar. Y a pesar de todo, cuando él llega, sus ojos se iluminan, me olvida un poco y se lanza a su cariño como clavadista profesional que se arroja a una piscina de agua tibia desde un trampolín, viviendo el instante presente con alborozo despreocupado. Y él le devuelve su

cariño abrazándola como a un bebé, atesorando su existencia alegre y cariñosa. Y mi corazón salta de gusto y miedo cuando lo veo: ellos se aman como nos amamos tú y yo.

No lo envidio, créeme, porque sé muy bien qué va a pasar cuando Luna la graciosa falte. Sé lo que es rompérsele a uno el corazón en astillas pequeñas que nunca vuelven a pegarse del todo. Así nos pasó a nosotras, ¿te acuerdas, tocaya? El mismo nombre, el diminutivo que me daba mi abuelita fue tu nombre desde ese momento en que nos conocimos y viniste a casa, una bolita de pelos que enamoró a todos y se ganó su lugar en la familia. Fuiste mi hermana menor y mi hermana mayor al mismo tiempo, mi compañera de aventuras y mi guardiana. La de todos en casa. Tu talla imponente para mí siempre fue refugio, tus colmillos y tus garras fueron fieras defensas mías y de mi madre en aquella época en la que mi ciudad exigía rescate por familiares secuestrados, tu aparición feroz en el último segundo evitó

un capítulo terrible y convirtió a mi madre en tu mayor admiradora que te pagó con leche tibia cada madrugada hasta la última. Nada pasó al final, pero en el fondo todo sucedió: nos supimos expuestos, perdimos la inocencia de la seguridad que todavía hace falta en nuestra Patria y, a la vez, supimos realmente hasta dónde llegaba tu amor y tu entereza.

Por eso a Luna la graciosa, la cariñosa, no la puedo querer igual, por eso temo por los corazones de todos, especialmente por el de él, a quien también amo. Porque la biología nos dice que no la tendremos para siempre, nuestro siempre que dura apenas unos instantes más que su existencia, lo suficiente para saber lo que es vivir sin el amor de un animal al que uno ha llegado a considerar una extensión de su alma. Él lo sabe en su mente, pero su corazón no atisba siquiera lo que duele recoger una cama vacía, una pelota que ya no rebota, un plato del que nadie come ni bebe, un collar sin dueño. Y limpiarlos llorando y guardarlos como cosa sagrada

porque una no se atreve a regalarlos ni a tirarlos porque son-eran-son tuyos. Como el fragmento de mi corazón roto que te llevaste hace ya tantos años y por el cual brotan tantas lágrimas que no dejan asentar el cariño ni siquiera de Luna la graciosa, la cariñosa, la compañera, por esa ausencia tuya que se atora en la garganta como pedernal de sacrificio cuando comienzo a hablar de ti.

Él no sabe con certeza que ese salto enamorado al vacío un día no llega a la piscina, un día cae sin alas al abismo y uno se estrella con la conciencia completa de lo que es tener que decidir ver morir a su alma gemela y no poder hacer nada más que decir adiós y quedarse con el vacío de un abrazo que ya no quiere recibir a nadie más. Qué bueno que no lo sepa, que pueda amar sin temores a Luna la graciosa, la cariñosa, la compañera, la pequeñita de papá, que la arrope en un abrazo despreocupado y orgulloso cuando llega, que la suba a la cama y le dé paletitas de croquetas y verdura. Viven ahora en ese

éxtasis en el que vivíamos tu y yo, de paseos y confidencias, de presencia, de saber que alguien te espera para mover su colita y recibirte en la puerta para empezar a jugar ¿te acuerdas? Yo me acuerdo con alegría pero todavía hoy me haces falta, tanto tiempo después y me siento aún la chiquilla con la que corrías por la calle, ladrando juguetona y asustando a todo el barrio. Con el cuerpo enjabonado las dos cuando me tocaba bañarte, divertidas, en el sol del jardín, o cuando nos acurrucábamos en la sala sin poder salir por la lluvia, sentadas en el suelo mientras yo hablaba interminablemente por el teléfono, adolescentes las dos. Y luego, las curaciones, tus ojos tristes y tus lamentos y las lágrimas de todos porque nos veías salir y ya no podías moverte. Ese físico poderoso ahora reducido a la fragilidad en la que el amor era darte de comer en la boca mientras te curábamos con la esperanza de que regresaras a las andadas, a comerte las rosas del jardín de mi mamá, ¿te acuerdas?

Por ahora, mi Jandita, fingiré que no recuerdo lo duro que fue despedirnos y me quedaré con tus ojos profundos, sonrientes y tu expresiva cola plumosa, fingiré que he aprendido a amar sin apego, a dejarte ir y a agradecer que coincidimos en el tiempo del mundo, que nos amamos sin reservas. Me limpiaré las lágrimas que preocupan a Luna, que atenta me mira mientras pone su patita en mi rodilla para preguntarme qué pasa, respiraré hondo y saldré con ella a caminar para mirarla saltando como un cascabelito alegre y cariñoso que me enseña a vivir en la felicidad de este instante en el que salió el sol y dejó de llover un ratito en mi corazón.



Cuando mi corazón dejó de latir dos veces

Lucero González

Lo conocí cuando era guardián de un estacionamiento público, o más bien, retenido por la fuerza, lo tenían amarrado con una cadena de eslabones enormes que todavía conservo para nunca olvidar de lo que somos capaces los humanos. No era el único, también estaban un cocker, un beagle y un viejo pastor inglés, todos con distintas formas de prisión. Pero el de la cadenota en particular con ojos muy expresivos, los que lo conocieron decían que tenía ojos de primate, de esos ojos redondos, grandes y expresión casi humana. Él llamaba mi atención, siempre amarrado, al lado de su pipí, popo y sin

agua. Cuando preguntaba el porqué de esa situación me decían que era tremendo, que le sacaba los pivotes a las llantas y que en la noche acomodaba las cubetas que tenían para lavar en fila. Para mí eran signos de admiración tales capacidades. Y no sólo eso, tenía un amigo gato que le llevaba de comer.

Era un estacionamiento que yo visitaba seguido y cada vez me rompía el corazón ver tales cosas, les llevaba comida y premios a todos. ¿Qué más podía hacer?

Por aquel tiempo tuve la pérdida de mi compañero Morphy, un perro de patas cortas y fortachón, una mezcla entre el enano Tun-tun y Schwarzenegger. Y fue mi compañero de adolescencia y adultez, dieciséis años me acompañó, él era el rey de mi corazón y era bien sabido que donde estaba yo él debía estar. Cuando alguna pareja de aquel entonces se atrevía a decir: “¿Y si lo dejamos hoy?” Mi comentario era: “Él siempre está conmigo, si no quieres, tú decides ¿te quedas o te vas?”. Así de tajante era yo, me quitó de encima a muchos que no

valían la pena. La primera prueba era el coche, se mareaba y se convertía en vomiteitor. Ja ja, era la primera prueba que tenían que pasar. Fue mi primer amor, mi compañero de andanzas y cuando murió, dolió tanto, sentí cómo mi corazón dejó de latir y, en mi inexperiencia de vida, prometí no tener nunca un perro más. Pero estaba lejos de la realidad. En ese momento el cielo se reía de mí a carcajadas.

Un día que llegué al estacionamiento me comentaron que lo volverían agresivo para que cuidara, tal vez porque era el único mestizo. Me hirvió la sangre, no sé qué paso por mi cabeza en ese momento pero no puede más, lo tomé, lo subí al coche y le dije al cuidador, dígame al dueño que me lo llevo y no va a regresar a este lugar.

Pero eso no fue lo único que pasó en ese estacionamiento, la cocker también salió de ese lugar, el beagle también, al único que no pudimos rescatar fue al viejo pastor inglés, ese no tuvo la misma suerte de los otros.

Y así llegó a mi vida este guapo, grandote de color negro (en el estacionamiento le llamaban Oso), de pelo largo, con ojos de simio que llamamos Solín. Sí, Solín, por Kalimán. No lo sabía pero se convertiría en mi alma gemela, nos hablábamos con la mirada, para nosotros no eran necesarias las palabras. Él fue el que me llevaría a vivir cosas diferentes, yo no estaba acostumbrada a tener un perro en departamento, Morphy creció conmigo en la casa familiar, y Solín llegó a un departamento, lo que me obligó a cambiar las rutinas, como salir tres veces al día. Formamos un grupo de amigos perrunos que nos juntábamos por las noches para que jugaran los chuchos. Antes de él no conocía vecino alguno, pero llegó Solín y me hizo ser sociable, y puedo decir que hasta lo disfruté, me llevó a explorar los deportes caninos, exploramos el deporte de agility (el cual sigo realizando con las nuevas enanas). Me llevó a adoptar a otra perrita, ¿han leído esa frase que te dice: “éste perro es el que me hizo pensar en adoptar otro”? Pues ese fue Solín. Lo que no sabía es que

llegaría a nuestra vida El Diablo en terciopelo negro: la Merlina, y así formamos una familia de cuatro.

Pero Solín tenía otros planes, una vez me hizo rescatar unos pipiolos del parque, no quería moverse hasta que los tomé y los llevé a casa. Lo mismo me hizo con unos gatos bebés que estaban en una caja en el parque, eran 4 y los dimos en adopción. Pero Solín quería más... y adoptamos a una gatita, la Visha. Ellos eran inseparables, más que con Merlina, pero mi negrita era feliz en su mundo. Y luego nos dio por dar hogar temporal, tuvimos muchos pequeños que habitaron este pequeño departamento, hasta que llegó el Negrito. Un perro que vivía con los indigentes del parque y con el que Solín tenía una relación especial, un día los indigentes se fueron por mucho tiempo y dejaron al Negrito solo en el parque. Siempre nos seguía a casa y se quedaba fuera de la puerta, hasta que un día lo invitamos a pasar, según nosotros sólo sería para buscarle casa. Pero fue difícil, era un perro viejo, reactivo con perros y adicto a la mota, que era una de las cosas que le

daban los indigentes. Después de unos meses decidimos que su hogar era éste, aunque él no lo tenía tan claro, se nos fue a la fuga en el parque varias veces, en una ocasión mi pareja corrió tras él y cayó cual hermano Kaluri, y terminamos en el hospital, diagnóstico: un ligamento roto del hombro, a nuestro regreso ahí estaba en la puerta de la entrada del edificio con su cara de tardaron mucho. Así era el mejor amigo de Solín.

Entonces, sí, Solín fue un perro especial en todos los sentidos, recuerdo cuando sufrí una operación tremenda, me dolía caminar y cada vez que me paraba para ir al baño él se colocaba al lado mío para acompañar mi andar y cada vez que me detenía alzaba la cabeza para que yo apoyara mi mano en ella, respirara y siguiera caminando.

Soy escéptica de muchas cosas, pero casualidad o no, el día que mi suegra y mi abuela fallecieron Solín aulló antes de recibir la llamada de su partida. Cosa que él no acostumbraba hacer, nunca lo volvió a hacer.

O el día que se comió mi título de maestría, claro para él solo era una carnaza, recordar que los títulos los hacen de piel animal, no vieran el borlote que armé a la escuela por dármele en piel y no en papel algodón. Puedo decir que en esa escuela entregan ya los títulos en papel algodón y así se convirtió en el Maestro Solín, lo traía por dentro.

Pero como no todo puede ser felicidad a los 15 años el cáncer y una falla neuronal decidió que ya era tiempo de partir, y fue cuando mi corazón dejó de latir por segunda vez.

Y uno a uno se fueron, nuestro Negrito, Solín (mi alma gemela), Merlina (el Diablo en terciopelo negro), la Vhisa (la perfecta gatita).

La tristeza es algo que acompaña a lo muy amado, y es triste porque se amó tanto, tantos recuerdos, tanto vivido que siempre se quedará en nuestros corazones. Pero esta vez, a diferencia del Morphy, estas pérdidas tan dolorosas me hicieron seguir queriendo tener perros y gatos, hoy nos acompañan las perritas Xolina Tliltlic, Catire, Pekas y los gatitos

Tic y Tac. De todos también tenemos historias que contar, como el día que Catire decidió comerse el sueldo que tenía en sobres para entregar a mi equipo, pero eso ya será en otro momento.



Querido diario

Clarisa Maldonado

3 de mayo de 2022

Hoy mi humana me dijo que preguntaron por mí. Me arregló mi pelito y tomó una foto encima del sillón; dice que hay otra humana que quiere conocerme, y que mis hermanos también se irán con otros humanos para crecer y jugar con ellos. Yo estoy un poco nervioso porque solo conozco esta casa, a esta humana, a mi mamá y a mis hermanos. Pero, cuando me dicen que me iré, me dan un abrazo y siento un cariño de despedida que me hace sentir en calma.

7 de mayo de 2022

Mis hermanos se han ido; sigue todavía conmigo mi mamá y el más gordito de mis hermanos. Hoy vienen por mí y mi humana me prepara con una bolsita de mis croquetas favoritas. Me dice que seré un gran gato junto con mi nueva humana. Nos fuimos en una máquina ruidosa. A mí no me gustan los lugares cerrados y, como pude, salí para ver las cosas que se movían muy rápido y vi a mi nueva humana. No se parece nada a mi humana anterior, pero sus manos son suaves y me acaricia hasta quedarme dormido. Mientras cierro los ojos, escucho que dice: “Tu nombre es Simba”.

Junio de 2022

Me gusta mucho mi nueva casa. Vivo solo y no tengo que compartir mi plato de croquetas ni juguetes con nadie; tengo un sillón enorme para dormir y una hamaca para ver las luces. Mi lugar favorito para estar es la almohada de mi humana; ahí puedo jugar con su pelo y en las noches dormimos

calientitos. A veces me quedo solito y aprovecho para sacar todas las toallas del cajón y dormir encima. Me gusta que son suaves. Cada día puedo trepar más por la ventana, aunque el otro día me caí y no supe cómo regresar. Tuve que gritar muy fuerte para que me encontraran.

Enero de 2023

La cama en la que me gusta dormir ya no me gusta. Mis patitas tocan el piso frío; creo que ya crecí. Buscaré una cama nueva. Me gusta ver a mi humana cuando se frota los dientes con algo blanco; me pregunto si sabrá a pescado o a pollito. Ha hecho frío y no me gusta estar solito, así que pido que me envuelvan en una cobija y me carguen por toda la casa.

Marzo de 2023

Llegó un intruso a la casa. A mí no me gusta compartir mis platos, pero mi humana dice que ahora seremos hermanos. No encuentro el parecido:

él tiene ojos verdes y yo amarillos. Ese nuevo “hermano” vive gruñendo, aunque, si yo quisiera, de una patada lo mandaba a volar. Él insiste en dormir en mi lugar, pero es mío; yo llegué primero. La humana lo llama Loki. Yo creo que se llama así porque está loquito; solo le gusta brincar y treparse a todos lados. Yo, la verdad, solo quiero dormir y que me rasquen la panza. La humana lo hace muy bien.

Septiembre de 2023

Ahora resulta que somos tres gatos en la casa y llegó también un nuevo humano. El humano me da a escondidas mis premios favoritos, pero no me gusta la gata que trajo. Dice que se llama Nala y que ella llegó primero, pero, para mi conocimiento, yo estaba aquí antes que todos. Nala y Loki me roban mis croquetas, aunque dicen que yo soy el más gordito de todos. No entiendo por qué. La humana ha llorado mucho estos días. Escuché que tuvo que despedirse de su mejor amiga y no la verá más; me pregunto adónde habrá ido.

Diciembre de 2023

Dormir los cinco juntos en la cama no está tan mal. La humana me abraza y Loki también se une; es mi momento favorito, pero solo cuando hace frío.

Algún día

Mi rutina es así: la humana me despierta cuando aún es de noche, y se moja. La verdad, no sé para qué, si a mí no me gusta mojarme. Después, a mí me gusta acostarme en la puerta y vigilar que todo esté en orden. Luego me dan leche y, cuando mi humana se va, me quedo con el humano, Loki y Nala, y duermo mi merecida siesta.

La humana llega y me despierta de nuevo mientras me rasca la pancita. Ella dice que dormí 10 horas; yo solo tomé una siesta. Luego hago mi rutina de ejercicio con Loki: 10 kilómetros corriendo, atrapamos a la presa, rascamos las sillas y listo, es hora de dormir otra vez.

Enero de 2026

Tenía mucho tiempo sin escribir, pero los días han sido increíbles. Solo imagínate que me dan mi comida favorita: tengo cinco camas, ¡cinco! Y mi hermano Loki se ha vuelto mi mejor amigo. A Nala la verdad es que no le gusta estar cerca de nadie, y a mí me gusta mucho perseguirla para molestarla. Mis humanos van y vienen. Me gusta cuando me abrazan y me dan mimos. Disfruto mucho que me den leche de tomar en la mañana mientras se hacen su café, y mi lugar favorito para dormir es la ropa cuando está calientita y huele rico.

Abril de 2026

Hoy desperté un poco cansado. No me siento bien, mi pancita da mil vueltas y me llevan de nuevo en la máquina ruidosa a ver a otras personas en un lugar con muchas luces. Me ponen unos piquetes y me dan unos premios que saben muy feo. Después de unos días regresé a este lugar, pero ahora mi

humana tuvo que irse y me puse muy triste. Las otras humanas tienen unos vestidos blancos y se turnan para darme cariñitos. Yo ya no quiero croquetas; me duele mucho mi pancita. Regresé a casa, pero Loki no me quiere más. No juega conmigo y yo, la verdad, estoy muy cansado. No he visto a mi humana; me dicen que está en otra ciudad lejos.

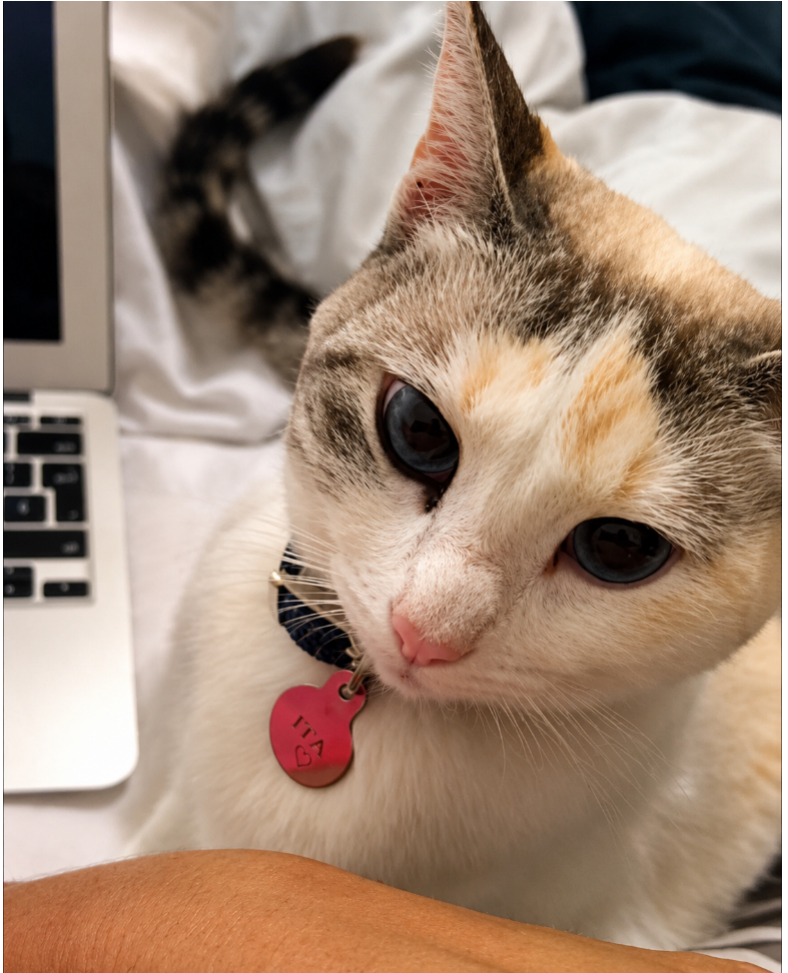
¡Mi humana regresó y tuvimos muchos días juntos! Ella dice que fue una semana porque le picaron unos mosquitos, pero para mí fueron los mejores días. Vimos la tele acostados todo el día y me daba muchos mimos, aunque Loki y Nala ya no me querían y peleaban conmigo.

Ya no me gustan las croquetas; me hacen una comida especial, igiaak! Sigo muy cansado. En las noches solo busco estar con mi humana; no quiero nada más.

4 de mayo de 2026

Regresé al lugar de las luces brillantes. Mis humanos lloran mucho y no entiendo por qué. Me abrazan y nos toca decir adiós; siento sus brazos alrededor de mí, estoy calientito y en calma.

No me he ido; sigo acompañándolos con recuerdos, fotos y anécdotas.



Ítaca

Érika Rod

“Ya tengo una gatita para ti”, me dijo Angie por el teléfono. ¿Una gatita? Me había contado de su afición por rescatar gatitos callejeros y recordé que, en algún momento, en una de esas conversaciones casuales que teníamos en el almacén, le dije que me gustaban los gatitos, que qué linda actividad la suya de rescatadora...

Pero yo nunca había tenido un gato. Aunque lo correcto sería decir “uno que quisiera quedarse”. La primera gatita que llegó a mi vida fue Roberta, una gata negra, linda y hechicera que le regalaron en el

parque a Aurora. La llevó a casa y, aunque ambas quisimos que se quedara en la familia, junto con Renzo, un boxer encantador que era compañero de Aurora, la Roberta se fue. Estuvo apenas un par de días, y en el primer viaje en auto que hicimos para llevarla al veterinario, salió como Houdini por un espacio de 5 cm que habíamos dejado en la ventanilla trasera. Error de principiantes. La Roberta cruzó a toda velocidad por la avenida y se perdió en la calle. Estábamos detenidas en la fila de autos, a punto de subir al segundo piso de periférico. Imposible detenernos. Imposible bajar del auto en ese momento y correr a buscarla. Adiós para siempre, Roberta.

Llegué al almacén y saludé a Angie. “¡Ay, qué bueno que llegaste, ven a conocer a tu princesa”. Me llevó a la oficina y me mostró a la gatita en una caja. Era diminuta, apenas cabía en mi mano. Era blanca, se notaba la sarna alrededor de sus ojos y sus patas. Una princesa. Empezó a maullar, su cuerpecito

apenas alimentado exigía más comida. “Es una comelona” me dijo Angie. “Ten, dale de comer, esta es su mamila y aquí está la fórmula que me dio el veterinario”.

Le di de comer. Su cabecita torpe, sus patitas, titititas, apenas bebió dos gotas y estaba saciada. Una tercera gota se quedó batida en los pelos de su hociquito, tititito. Y con mis dedos la limpié.

Me fui del almacén con ella.

Esa mañana iba a la central de abastos, a comprar fruta, porque en ese tiempo tenía una empresa de mermeladas con mi madre, y eso era lo que hacía; dejar la mercancía en el almacén y luego cargar de fruta la camioneta, para después manejar a Cuernavaca y procesarla allá, en el taller de mi madre.

La gatita entonces me acompañó a mis diligencias, desde su caja en el asiento del copiloto me miraba. Yo la acariciaba de vez en cuando. Y entonces noté que no me temía. No estaba asustada, unos minutos después de que el auto comenzó a andar, se enroscó y se durmió.

Llegamos a la central de abastos, gritos de los valedores, los motores de los tráilers y los camiones de tres toneladas, y la gatita siguió dormida.

Cuando al fin me estacioné, en el pasillo J-K, le expliqué que no tardaría mucho, que estaba segura y volvería con ella tan pronto comprara las guayabas y los mangos, porque eso tocaba hacer esa semana. Mermelada de mango y mermelada de guayaba. Le conté todo eso.

Volví a la camioneta tan pronto pude. Y antes de abrir la cajuela le dije a mi valedor, “el birrias”, que tenía una gatita bebé y que estaba dormida y no quería asustarla. Acomodamos las cajas con cuidado, con tanto silencio como fue posible. Y la gatita solo se asomó, nos miró otra vez sin miedo, y volvió a enroscarse en su caja.

Me caía bien la princesa. Antes de salir a carretera pasé a Petco, le compré las latas de comida especial que me indicó Angie y además una cama, la más pequeña —que todavía era enorme para ella— y

un collar, el más bonito, de terciopelo gris con diamantes y un moño rosa.

Llegué a Cuernavaca, la limpié, la mimé y después se devoró la comida. La dejé caminar por la habitación, mi oficina, donde además dormía en una colchoneta cuando se me hacía tarde para volver a la CDMX, porque la casa de mi madre era calurosa y ese espacio tenía un ventanal enorme que daba al jardín y me dejaba estar en silencio, pensando en la vida que estaba a punto de perder.

La gatita y yo dormimos esa noche en la oficina. Y, para mi sorpresa, no quiso quedarse en su cama sino que caminó hasta mí y se acurrucó en mi cuello con toda su sarna. Ronroneaba. Era la primera vez que sentía ese ronroneo. Un motorcito encendido que me llenaba de ternura. Se quedó ahí toda la noche y las dos fuimos felices.

Al día siguiente ya era la patrona, se adueñó de la oficina y caminaba de aquí para allá, encontró su arenero y ella sola se hizo cargo de cubrir su caquita diminuta y de limpiarse luego, como si lo supiera de

antes, de siempre. ¿Cómo hacen eso los gatos?

Los días siguientes, ya en casa, parecía que crecía más cada minuto. Cada vez más ágil, cada vez más bella. La sarna se fue por completo y la princesa empezó a parecer princesa.

Se reveló su personalidad, su porte de gata de alcurnia, y se volvió aun más tierna y cariñosa. Me sorprendían sus movimientos pensados, lentos. Se quedaba en las repisas, en el librero, como un adorno más, como si esperara que la contempláramos, pero siempre cerca. En mi silla del escritorio, en la mesa de trabajo mientras etiquetaba, mientras empacaba mermeladas. Se volvió una gatita amorosa e inseparable, trepaba hasta mi cuello cada vez que podía, la gata perico, y cada vez que iba a dormir, se enroscaba en mi almohada y se quedaba pegada a mí.

Aurora decidió dejarme apenas unas semanas después de la llegada de la princesa. Se enamoró con locura de otra mujer y se fue.

La princesa entonces se convirtió en mi única compañera, y hasta entonces pensé que había sido muy irresponsable no haberle dado un nombre y dejarle solo un apodo.

La llamé Ita.

Mi motorcito de amor.

Un par de meses después de mi divorcio empecé a notar que Ita estaba más dormilona que de costumbre. Tal vez un poco decaída. Desde que llegó, sorprendía por ser un gato lento, nunca hizo destrozos en casa ni salía corriendo disparada como, ahora sé, que hacen los gatos. Parecía que respiraba con dificultad, pero también como hacen los gatos, cinco minutos después estaba como si nada. Nunca le puse demasiada atención a ese gesto, a ese síntoma que yo creí una curiosidad.

Esa semana me invitaron a dar una capacitación en Monterrey, una semana entera en Monterrey y fui. Ocuparme y ganar dinero extra me hacía bien

para dejar de llorar. Mi vecina Helena pasaba por mi casa un rato cada día para cuidar a Ita, pero en su segunda visita me dijo que, otra vez, mi gatita Ita, no había comido nada desde que me fui y además tenía dificultades para respirar.

Mi madre me ayudó a llevarla al veterinario. Le tomaron una radiografía. Sus pulmones aparecían completamente blancos. La doctora nos explicó, no era líquido ni una neumonía: era un hongo.

—Los gatitos que están en los basureros a veces inhalan esporas de excrementos de aves. Es una enfermedad silenciosa, rara y no se detecta hasta que es muy tarde. El hongo invade por completo los pulmones...

Mientras yo recuperaba el aliento, después de la ruptura, Ita lo perdía.

—Solo veinte por ciento de su pulmón izquierdo sigue funcionando. Es un milagro que esté viva, que lo haya logrado hasta aquí —dijo la doctora—. Ya no

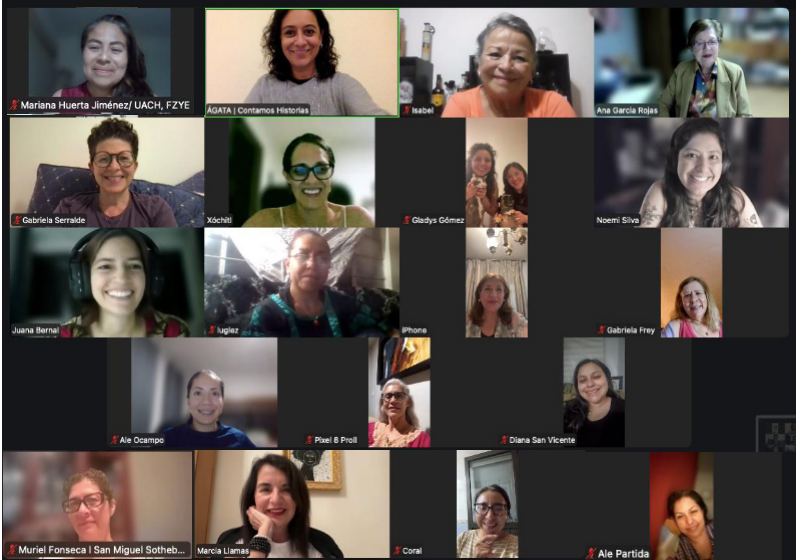
tiene oxígeno suficiente para sobrevivir, en cualquier momento puede morir de asfixia.

Decidimos dejarla descansar esa misma tarde.

Mi madre lloraba en el consultorio y yo lloraba en ese hotel de Monterrey.

Ítaca estuvo solo un año conmigo, uno de los años más difíciles y dolorosos de mi vida. Esa bolita de pelos fue mi refugio y mi casa.

Se llamaba Ítaca. Como la isla a la que Ulises dedicó diez años de viaje. Y fue mi isla, mi horizonte, la gatita que me acompañó con su amor, para que yo lograra volver a casa.



Amores perros | Animales de familia
se terminó de editar en el mes de junio de 2026
en la ciudad de San Miguel de Allende, Guanajuato.
Para interiores se usaron las familias tipográficas
Georgia y Futura.

Ejemplar digital de circulación privada.
Prohibida su venta.